

The illustration depicts a town scene. On the left, a multi-story building with arched windows and balconies is rendered in a warm, golden-brown color. To the right, a dark, industrial building with a tall, slender chimney is visible. The foreground is filled with lush green trees and bushes, some with small white flowers. The overall style is a stylized, almost woodcut-like illustration with a limited color palette.

# Pío Baroja

## La casa de AIZGORRI

Lectulandia

En *La casa de Aizgorri* se plantea un conflicto social, tratando de encajar en los esquemas de la novela realista la preocupación de un pequeño empresario que ha experimentado dificultades de subsistencia en su industria familiar. Pero la novela es mucho más que eso, y su valor principal radica en el carácter de representación temprana y destacada de la modernidad literaria. Valle-Inclán, que la elogió admirado, la calificó de obra humana y triste, proyectada sobre una lejanía de niebla por donde pasan vidas de ensueño. Las grandes preocupaciones de su generación — decadencia de ciertos cuerpos sociales, voluntad y abulia— afloran en páginas bellísimas, que expresan lo fragmentario y lo instantáneo de la vida a través de cuadros.

Lectulandia

Pío Baroja

# La casa de Aizgorri

Tierra vasca - 1

ePub r1.0

Artifex 18.09.14

Título original: *La casa de Aizgorri*

Pío Baroja, 1900

Ilustraciones: Ricardo Baroja

Retoque de cubierta: Artifex

Editor digital: Artifex

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Una mañana de primavera húmeda y tibia.

En el vestíbulo de la casa, un cuarto destartado, irregular y bajo de techo. Águeda cose y Melchora hila. Apenas si cambian entre las dos alguna que otra palabra en vascuence.

Águeda está sentada cerca de la ventana, se inclina hacia la costura y apoya los pies en un taburete pequeño. Esbelta, delgada, algo rígida en sus ademanes, como es, parece evocación de las imágenes religiosas de la antigua Bizancio. Su tez pálida, sus párpados caídos, su sonrisa de ensimismamiento, fuerzan a la imaginación a suponer alrededor de su figura una flordelisada aureola, como la de las vírgenes de los medievales retablos.

Viste blusa clara, falda negra y un delantalillo azul, con peto y tirantes planchados, que parecen alas de mariposa.

Sin moverse de la silla toma la ropa blanca de un cesto que tiene al lado, la extiende en el aire para mirarla al trasluz, y, después de alisar la tela sobre la falda, comienza a coser, y sus dedos, largos y delgados, se agrupan al clavar la aguja, y al retirarla y estirar el hilo, queda el dedo meñique erguido y derecho.

Melchora es un tipo vulgar de las mujeres viejas del país vascongado; viste de negro, tiene la nariz puntiaguda y la barba prominente. Está sentada junto a la mesa de pino que hay en el centro del cuarto. Sus dedos, arrugados y secos, hilan de prisa el blanco lino que se apelotona en la rueca, y el huso gira en el extremo de la retorcida hebra en vertiginosas vueltas. A los pies de Águeda está tendido un mastín con el pelo amarillento y erizado. Entran en el cuarto ramas de lilas, de un morado pálido, frescas y olorosas, y en el marco de la ventana se destaca, en el ambiente gris del día húmedo de primavera, una ermita, a lo lejos, sobre una loma verde, con el verde brillante de las praderas umbrías.

En el jardín resuena la lluvia al caer sobre las hojas de los árboles, y sólo de cuando en cuando, rompiendo el murmullo monótono del agua que cae, llega de fuera el chirrido de las ruedas de una carreta, el *aida* melancólico del boyerizo, el cacareo lejano de algún gallo, o la canción clara y alegre de los martillos del herrero sobre el yunque.

Por una de las puertas del cuarto en donde trabajan Águeda y Melchora se ve la cocina de la casa con su enorme chimenea; por la otra, el zaguán lleno de barricas.

Frente a la ventana, al final de una escalera de ocho o nueve peldaños, se halla la puerta de la antigua casa solar; un arco, bajo y pesado, del Renacimiento, con toscas figuras esculpidas en la piedra, cerrado por una puerta maciza erizada de clavos y cruzada por un gran cerrojo lleno de herrumbre.

A un lado de la puerta, en una hornacina empotrada en la pared, tras de un cristal verdoso, aparece un Niño Jesús, negruzco y mugriento, con faldetas llenas de abalorios, y delante de la hornacina, una lámpara de cobre cuelga inmóvil por una cadena del techo.



ÁGUEDA. ¿Llamaste a Luis, Melchora?

MELCHORA. Fui a llamarle, pero no está. Habrá salido.

ÁGUEDA. ¡Tan pronto!

MELCHORA. Quizá no se haya acostado.

ÁGUEDA. ¡Ah! Eso será. No habrá venido a casa esta noche... ¿Se llevó la llave ayer?

MELCHORA. Sí.

ÁGUEDA. Entonces no ha venido... Seguramente, no ha venido.

Una mujer harapienta, con una cesta en el brazo, abre la puerta entornada que da al zaguán.

LA MENDIGA. Ave María Purísima. Ave María Purísima.

ÁGUEDA. ¡Es verdad! Hoy es sábado. Aquí está la abuela de Oriamendi.

Melchora deja la rueca en la mesa, sale del cuarto y va a la cocina. Mientras tanto, Águeda cruza las manos sobre la costura y pregunta a la pobre con voz cariñosa.

ÁGUEDA. ¿Qué tal, abuela?

LA MENDIGA. Mal, muy mal. ¿Y su merced, señorita?

ÁGUEDA. ¿Yo? (*Sonriendo con tristeza.*) Bien. ¿Y su hijo? ¿Trabaja?

LA MENDIGA. ¡Ay! No. Desde que se estropeó los ojos en la cantera, con la dinamita, ya no quiere trabajar.

ÁGUEDA. ¿Y los nietos?

LA MENDIGA. Bien. Esos bien... jugando... no saben lo que es la vida.

Melchora entra en el cuarto con una medida llena de maíz, levanta la tapa del cesto de la pobre y echa el maíz en el interior.

LA MENDIGA. ¡Adiós, dama Águeda! ¡Adiós, Melchora! Hasta cuando Dios quiera.

Águeda le devuelve el saludo y torna a su labor; Melchora cierra la puerta, vuelve a sentarse y a seguir hilando.

ÁGUEDA. ¿De manera que Luis...?

MELCHORA. Sin aparecer por casa. No sé si será verdad; Chomin, al entrar en la fábrica, me ha dicho que esta noche pasada Luis estaba en la taberna de Blas.

ÁGUEDA. ¡En la taberna!

MELCHORA. Sí, sí. Por cierto que creo que ha habido allí una jarana.

ÁGUEDA. ¿Le ha pasado algo a mi hermano?

MELCHORA. No. Sólo que le hicieron beber, y, como no tiene costumbre, se mareó.

ÁGUEDA. ¡Ese Luis...! ¿Y él tomó parte en la riña?

MELCHORA (*Con desdén.*) ¿Él...? ¡Ca...!

ÁGUEDA. De manera que ahora estará durmiendo en la taberna.

MELCHORA. Allí lo ha visto Chomin.

Un pobre de barba blanca abre nuevamente la puerta del zaguán. Es un viejo con cara de apóstol; lleva una anguarina de paño amarillento, remendada y sucia, un enorme cayado en la mano; sobre el pecho, un zurrón de tela, y una boina roja sobre su melenuda cabeza gris.

Canta con voz ronca, llevando el compás dando golpes con el cayado en el suelo.



EL POBRE. Dios te salve, *ongi etorri Gabon Jainkoak diyela*.

ÁGUEDA. Ya está aquí el abuelo de Goizueta, cantando.

MELCHORA. Siempre lo mismo. Como es tonto, no sabe otra cosa.

Melchora entra en la cocina. El viejo sigue cantando; abre después el zurrón para que echen en él maíz, y se va sin saludar. Melchora torna a su hilado.

ÁGUEDA. ¿Y por qué fue la riña de ayer en la taberna de Blas?

MELCHORA. Pues, por lo de siempre... Entre los de Arbea y los de Argoitia. Ya sabe su merced que los de aquí y los de allá...

ÁGUEDA. ¿No decían que se habían hecho amigos?

MELCHORA. Sí; pero esos bribones de Argoitia han subido los derechos de entrada al aguardiente que aquí se fabrica.

ÁGUEDA. Han hecho bien.

MELCHORA. ¿Sí...? Pues por eso dijeron los nuestros: «No hay que mandar a Argoitia ni una gota de aguardiente».

ÁGUEDA. Ellos van a salir ganando.

MELCHORA. Sí, ganando... (*Con ironía.*) ¡Ja..., ja...! Poco que lo sienten...

ÁGUEDA. Parece que llaman.

Melchora se levanta a abrir la puerta, y aparece un hombre con aspecto de facineroso, el pelo enmarañado y la barba inculta. El perro se abalanza a él y ladra.

EL HOMBRE (*En castellano.*) Buenos días. ¿Hay algo para un pobre caminante que no tiene trabajo...?

MELCHORA (*De mal humor y hablando con dificultad el castellano.*) Perdone usted. No hay nada.



EL HOMBRE (*Entornando la puerta, por miedo al perro.*) Que he hecho diez leguas de camino sin tomar ni un bocadito de pan.

MELCHORA. No hay nada.

EL HOMBRE. Que tengo hambre, señorita; que tengo hambre.

Águeda saca un portamonedas del bolsillo y da unos céntimos al hombre, que se marcha.

MELCHORA. ¡Vaya unas ganas de darle dinero a ese castellano! ¡Como si no hubiera pobres aquí!

ÁGUEDA. También es verdad. Y antes que, según dice don Julián, no había pobres ni borrachos en el pueblo. ¡Pero lo que es ahora...!

MELCHORA. Siempre los ha habido. ¿Qué sabe ese viejo? ¿Quiere su merced que cierre la puerta del jardín?

ÁGUEDA. Sí, que entren los pobres por la otra puerta. (*Viendo que Melchora se detiene en el zaguán.*) ¿Qué pasa?

MELCHORA (*Con desprecio.*) La loca de Elisabide.

ÁGUEDA. ¡Ah! Mi tía.

MELCHORA. ¡Qué ganas tiene su merced de llamarse pariente de esa loca!

ÁGUEDA. ¿No lo es?

MELCHORA. Sí; en décimo grado, lo menos. Pero se aprovecha. Vendrá a llevarse algo. El otro día se fue con la falda llena de guisantes.

ÁGUEDA. ¡Bah...! ¡Pobrecilla!

Aparece la loca de Elisabide en la puerta que da al zaguán. Es una mujer alta, hombruna, desgarrada, de cara juanetuda, ojos brillantes y pelo gris.

LA LOCA (*Desde la puerta, sonriendo.*) Adiós, dama Águeda. ¡Adiós! ¡Adiós! (*Con ademán solemne.*) Ya sabes. Para ti serán buenas las leyes.

ÁGUEDA. Sí, sí; ya lo sé, abuela.

La loca de Elisabide saluda gallardamente y se va. Águeda queda sola, pensativa. De vez en cuando interrumpe su trabajo para mirar a su alrededor, y en su cara, pálida y nerviosa, se nota el aleteo de las ideas que agitan su alma. Tan pronto sonrío dulcemente, con una sonrisa hermética, matizada a veces de tinte ligero de ironía, como clava los ojos en la ermita lejana del pueblo, que se ve por la ventana, con los contornos borrados por la humedad del aire.

Pasado algún tiempo se abre la puerta de repente. «¡Heup! ¡Heup!», gritan de fuera, y en el umbral se presenta Chapao, el tonto, un pobre idiota que vive de

limosna.

ÁGUEDA. ¿Qué quieres, Chapao?

CHAPAO. (*Quitándose la boina.*) Ave María, Ave María.

ÁGUEDA. ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

Entra Chapao, encogido, descalzo, con su aire de viejo, desdentado y haraposo, y se acerca a la ventana.

CHAPAO. El señorito..., el señorito (Señala con el dedo el jardín) quiere entrar aquí..., aquí..., sin que le vea nadie..., nadie..., y me ha dicho que saltara por las tapias y viniera a mirar si había alguno.

ÁGUEDA. ¿Dónde se ha quedado? ¿Eh? ¿Dónde está?

Chapao se asoma a la ventana y queda azorado, porque acaba de dejar al hermano de Águeda junto a la verja y ya no se le ve. Se inclina y mira por todas partes, hasta que lo descubre detrás de uno de los árboles.

CHAPAO ¡Ah... Ahí... Ahí está, detrás de ese árbol!

ÁGUEDA (*Asomándose a la ventana.*) ¡Eh! ¡Luis...! No te escondas... ¡Si te estamos viendo!

Luis, que se ve descubierto, hace sonar la campanilla del jardín, y Melchora sale de la cocina para abrirle.

MELCHORA (*A Chapao.*) ¿Qué dices tú, tonto? ¿Has visto a los apóstoles?

CHAPAO. (*Sonriendo.*) Sí, sí.

MELCHORA. ¿Y te han dado algo?

CHAPAO. Sí, Sí; moneda blanca..., moneda blanca.

MELCHORA. A verla.



Chapao se registra los bolsillos. Melchora abre la puerta del zaguán y entra Luis, el hermano de Águeda, mojado, con el cuello de la chaqueta subido, el sombrero en el cogote, los pantalones llenos de barro y un cigarrillo en la boca.

Es un jovencito de diez y nueve a veinte años, con el pelo rojizo y la tez sonrosada y pecosa. Se parece a su hermana Águeda; pero en él las facciones son borrosas e inexpresivas, la mandíbula desarrollada, los labios belfos, y los ojos, en vez de tener la expresión ensimismada y dulce de Águeda, parecen entontecidos, y sólo se animan con ráfagas de cólera.

LUIS. ¡Hola! Buenos días. (*Mirando a Chapao con ira.*) ¡Idiota!

ÁGUEDA (*Contemplando de arriba abajo a su hermano.*) ¡Cómo vienes! Sucio, lleno de lodo. ¡Te estás luciendo!

LUIS. Bueno. Bueno. Te participo que no estoy dispuesto a oír sermones. (*Se echa en la silla.*)

MELCHORA (*A Chapao.*) ¡Qué mentiroso! No te han dado nada los apóstoles.

CHAPAO. No, no me han dado nada.

MELCHORA (*Sonriendo con malicia.*) ¿Has visto al perro ciego?

CHAPAO. (*Con terror.*) No, no. ¡Perro ciego! ¡Perro ciego! No, no.

ÁGUEDA. ¡Qué mala idea de fastidiarle al pobre!

LUIS. (*Con furia.*) Echad a ese imbécil.

ÁGUEDA. ¡Puedes tú llamar imbécil a nadie!

LUIS. He dicho que quiero que se marche; si no, lo echaré yo a puntapiés.

CHAPAO. (*Sollozando.*) Perro ciego..., perro ciego.

ÁGUEDA (*A Melchora.*) Llévale a la cocina y dale de comer. (*A Chapao.*) Anda. Verás a los apóstoles y te darán galleta y moneda blanca.

MELCHORA (*A Chapao.*) Ven, tonto.

Se marchan Chapao y Melchora, y quedan solos Águeda y Luis.

ÁGUEDA (*Contemplando a su hermano.*) Parece mentira. Tanto hablar de que eres un hombre, y luego sirves de hazmereír a todo el mundo. (*Acercándose a Luis, que está con la cabeza apoyada en la mano.*) Pero si está durmiendo. ¡Eh! Luis, Luis.

LUIS. ¿Qué? ¿Qué quieres?

ÁGUEDA. Anda, anda a la cama. Que no te vea papá así.

LUIS. Voy, voy.

Se restriega los ojos y vuelve a inclinar la cabeza y a dormirse.

ÁGUEDA. ¡Vamos!

LUIS. ¡Qué pesadez! Empezaba a soñar que estaba en Madrid, con mis amigos, en Fornos.

ÁGUEDA. Seguirás soñando en la cama.

LUIS. ¡Qué soba! (*Se levanta perezosamente y mira por la ventana.*) Otra vez llueve. ¡Maldito país! No sé qué ocurrencia estúpida le dio a papá de mandarme venir aquí.

ÁGUEDA. ¡Qué ocurrencia...! Queríamos verte.

LUIS. Como habéis pasado cuatro años sin verme, podíais haber pasado más. De veras te digo, maldito si tenía ninguna gana de venir.

ÁGUEDA. ¿No nos quieres?

LUIS. Déjame en paz.

ÁGUEDA. ¡Vaya un genio que has echado!

LUIS. Bueno. (*Se pasea por el cuarto hasta que empieza a toser, con un acceso tan fuerte, que tiene que apoyarse en la pared.*) Ya me he constipado. ¡Esta cochina tierra...!

ÁGUEDA. Claro, ¡estás chorreando...!

LUIS (*Bruscamente.*) Me voy a la cama.

ÁGUEDA. Sí; haces bien. Tienes mal color. (*Con mimo y en voz baja, poniéndole una mano en el hombro.*) No vuelvas a ir a la taberna, ¿eh? ¡Si mamá te viera! Ella que te quería tanto...

LUIS. Quita (*Rechaza a Águeda; luego, mirando por la ventana*): ¡Maldita tierra! Otra vez lloviendo.

Luis sube la escalera que hay en el fondo del cuarto, abre la puerta, llena de ensambladuras y de herrajes, y desaparece por ella.

Águeda vuelve a quedar sola, y pasan las horas, lentas, iguales, monótonas,

medidas por el reloj de la iglesia del pueblo, cuyas campanadas vibran en el aire tristemente. Y Águeda, tan pronto coquetea sola y sonrío con su sonrisa hermética de ligero matiz de ironía, como clava los ojos en la ermita del pueblo, que aparece borrosa en el aire húmedo y opaco.

Hay momentos en que deja de llover, y sale un sol dorado de primavera; entonces Águeda se asoma a la ventana, y recibe la caricia del sol y aspira con voluptuosidad el olor húmedo de tierra.

De pronto oye, a lo lejos, rumor confuso de campanillas de la diligencia que pasa. Águeda recoge la ropa, la mete en el cesto y la guarda en uno de los armarios del cuarto.

Después corta una rama de lilas, y, sonriendo, coqueteando con sí misma, la sujeta con un alfiler en el pecho y sale del vestíbulo seguida del perro; cruza el zaguán y entra en un cuarto, grande y triste, con varios armarios llenos de libros de comercio y dos grandes mesas pesadas, de nogal. Es el despacho de la fábrica. Águeda trabaja en él. Díaz, el dependiente a quien el padre de Águeda ha dejado de pagar, ya no se ocupa de las cuentas de la destilería. El padre de Águeda ha encargado a su hija de la contabilidad de la casa y de que haga un estado de los ingresos y gastos, y Águeda se engolfa todos los días en la ingrata tarea de sumar columnas de números, y, como no está acostumbrada, suma en voz alta para no olvidarse. A veces siente la necesidad de andar, de moverse, y abre la puerta, cruza el zaguán y vuelve al despacho, con el cabello humedecido por la lluvia, y prosigue su tarea.

Enfrascada en su obra, no oye a Díaz, el dependiente, que entra. Díaz es un hombre de unos veintiocho años, moreno, de estatura mediana, algo rechoncho, de bigote y ojos negros. Habla correctamente el castellano, escuchándose a sí mismo con satisfacción y frotándose las manos a cada instante. Se nota, en todos sus ademanes, que está satisfecho de su persona, y su sonrisa, que muestra la dentadura, blanca e igual, es la de un hombre que encuentra en su aspecto algo que, para los demás, debe ser muy agradable de contemplar.

DÍAZ. ¿Se puede?

ÁGUEDA. Adelante. (*El perro comienza a gruñir mirando a Díaz.*) ¡Quieto, Erbi! ¿Venía usted a trabajar aquí?

DÍAZ. No. ¡Demonio con el perro...! Tengo que hacer en la fábrica, pero antes quisiera dar un recado a don Lucio. ¿Estará acostado aún?

ÁGUEDA. Cuando se levante, yo le diré, si usted quiere...

DÍAZ. Bien. Es lo mismo. (*Se frota las manos.*)

A esto sigue un momento de silencio. Díaz contempla a Águeda atentamente, y, al ver el ramo de lilas prendido en su pecho, brillan sus ojos negros y sus dientes

blancos.

DÍAZ (*En tono confidencial.*) ¿Sabe usted? Convendría que su padre pagara algo a los trabajadores.

ÁGUEDA. Pero en la caja...

DÍAZ. En la caja no hay un céntimo... Y es una complicación... Entre los obreros hay gente levantisca, dispuesta a todo.

ÁGUEDA. Venga usted luego a hablar con mi padre.

DÍAZ. Vendré... Aunque es casi inútil, porque no presta atención a cuanto se le habla de la fábrica. La considera como cosa perdida.

ÁGUEDA. Si no hay solución alguna, ¿qué le vamos a hacer?

DÍAZ (*Se pasea y se frota las manos.*) Sí... hay soluciones... vender la fábrica... arrendarla...; pero don Lucio no quiere oír hablar de eso.

ÁGUEDA. ¡Si no hay otro remedio!

DÍAZ. Remedios siempre se encuentran.

ÁGUEDA. ¿Usted sabe alguno?

DÍAZ. Sí..., pero no sé si ustedes, por escrúpulos excesivos...

ÁGUEDA. ¿De qué se trata?

DÍAZ (*Vacilando.*) Se trata de un cambio en la razón social de la casa, hecho con cierta... habilidad.

ÁGUEDA. No entiendo. ¡Si no se explica usted más claro!

DÍAZ (*Paseándose.*) Bueno. Pues figúrese usted que viendo los libros nos encontramos que don Lucio, su padre de usted, tiene más deudas que las que en realidad tiene, e inventamos unos cuantos acreedores. Luego hacemos que uno de estos acreedores fantásticos diga: «¿Cuánto vale la fábrica, cuarenta mil? Me deben treinta mil; pues doy diez mil y me quedo con ella». De estos diez mil se paga a los acreedores, que cobran el cincuenta, el veinticinco, el diez o el dos por ciento de su crédito. Ellos se quejan; pero como saben que de otra manera no cobrarían nada, lo aceptan.

ÁGUEDA. Me figuro que todo eso es una sarta de engaños.

DÍAZ. Sí, pero es una solución.

ÁGUEDA. ¿Cree usted? Lo dudo.

DÍAZ. Casi lo podría probar.

ÁGUEDA. ¿Cómo?

DÍAZ. Fácilmente. Si usted acepta la combinación hay género, mañana mismo, para trabajar dos meses.

ÁGUEDA. ¿Si la acepto, sí, y de lo contrario, no? Total, que usted aquí es el amo y que nos pone usted condiciones.

DÍAZ. Escúcheme usted, Águeda. (*Tomando una postura de conquistador y*

sonriéndose.) ¿Usted cree que yo soy inteligente? Perdone usted la inmodestia.

ÁGUEDA. Sí.

DÍAZ. Si yo sacara adelante la fábrica, si ensanchara el negocio de una manera enorme, si trabajando como un negro ordenara todo esto que se desmorona...

ÁGUEDA. ¿Qué?

DÍAZ. ¿Me quiere usted dar ese ramito de lilas, Águeda?

ÁGUEDA. ¿Mí ramo?

DÍAZ (*Frotándose las manos con mayor energía y brillándole más los ojos y los dientes.*) Lo guarda usted para otro, ¿eh?

ÁGUEDA. Y aunque así sea, ¿qué? ¿Acaso tiene usted algún derecho...?

DÍAZ. ¡Oh! Ninguno; pero veo que está usted despertando algo malo, algo de fiera que tengo yo dentro. (*Haciendo un esfuerzo para sonreír*). No haga usted caso, es un modo de hablar.

ÁGUEDA. No; es un modo de amenazar, y de amenazar a una mujer. Eso no lo hace ningún hombre listo..., y usted... es inteligente.

DÍAZ. ¿Pero de veras no me quiere usted dar el ramito ese?

ÁGUEDA. No. (*Con ironía*). Parece que le asombra a usted.

DÍAZ (*Palideciendo*.) No, no me asombra. No soy tan fatuo.

ÁGUEDA. Eso es lo que yo pensaba.

DÍAZ (*Desde la puerta*.) Bien, Águeda, bien. Usted se ríe...

ÁGUEDA. Y lloraré algún día, ¿verdad...? Ya lo sé.



Díaz, enfurruñado, sale lentamente del despacho de la fábrica. Águeda sigue sumando con trabajo, poniéndose la mano en la frente como para sujetar los números en el cerebro, haciendo un esfuerzo doloroso.

Transcurrido algún tiempo, se abre la puerta pequeña y forrada de grandes clavos,

y se presenta en ella un hombre flaco, de barba negra, con abundantes mechones de plata. Es don Lucio de Aizgorri, padre de Águeda. Viste un gabán pardo, que le llega hasta los pies, y en la cabeza, una gorrita.

DON LUCIO (*Bajando la escalera con dificultad.*) ¡Hola!

ÁGUEDA (*Se levanta.*) Buenos días, papá. ¿Cómo te encuentras?

DON LUCIO. Mal, muy mal. Esto es insoportable: dolores en la espalda, dolores en las piernas...; el suelo no lo siento con los pies..., parece que se me escapa. (*Sentándose en un sillón.*) Luego, en esta casa no se puede dormir... ¡ese ruido que hace hoy la presa! (*Bruscamente.*) ¿Qué charla tenías hace un momento?

ÁGUEDA. Díaz, que ha venido, medio amenazando, a decir, de parte de los obreros, que se les paguen sus jornales.

DON LUCIO (*Se sienta.*) Sí, ¿eh? Que esperen, como yo, sentados.

ÁGUEDA. Ha dicho que se les debe mucho.

DON LUCIO. Sí, ya lo sé; ya lo sé.

ÁGUEDA. Díaz está tramando algo contra nosotros.

DON LUCIO. ¡Bah! ¡Tonterías!

ÁGUEDA. Él mismo lo ha confesado. Ha dicho que, si quiere, hay género en la casa para trabajar dos meses, y que, en cambio, si no quiere...

DON LUCIO. Bueno, bueno. ¿Que va esto cada vez peor? Me importa poco. ¡Para lo que he de vivir!

ÁGUEDA. Hoy parece que estás bien. No tienes mala cara.

DON LUCIO. ¡No tengo mala cara! Para vosotros nunca estaré yo mal, hasta que me esté muriendo.

Águeda mira a su padre en silencio y empieza a seguir con el lápiz las columnas de números que va sumando.

DON LUCIO. ¿Ha venido Mariano?

ÁGUEDA. No; todavía, no.

DON LUCIO. ¿Vino ayer?

ÁGUEDA. Sí.

DON LUCIO. ¿Qué dijo?

ÁGUEDA. Me recomendó que te avisara que sería conveniente reforzar el dique de la fábrica, porque si no, con la fuerza que trae el río, el agua podría inundar las cuevas.

DON LUCIO. ¡Bah! ¿Qué sabe él? Oye, ¿a qué viene aquí Mariano todos los días?

ÁGUEDA. No sé.

DON LUCIO. Ya me está molestando. Disfruta viéndome enfermo.



ÁGUEDA. ¡Oh! No lo creas.

DON LUCIO. Como anda siempre haciéndote la corte, por eso le defiendes. ¡Con su austeridad...!, ¡y esa estúpida reputación de honradez...! ¡No parece sino que es el único hombre honrado que hay en el mundo!

ÁGUEDA. Él no supone eso, papá.

DON LUCIO. ¿No? ¿Tú qué sabes? ¡Honrado! Si no fuera honrado estaría en presidio. Todos somos honrados..., hasta que no somos bandidos. Y tú, ¿por qué no quieres casarte con Mariano? Es rico. Su fundición le debe dar bastante.

ÁGUEDA. Creo que sí.

DON LUCIO. Y trabajador.

ÁGUEDA. Sí.

DON LUCIO. A pesar de eso, tú te burlas de él.

ÁGUEDA. ¡Yo!

DON LUCIO. Sí, tú, con tanto melindre. ¡Ah! Si yo estuviera en su caso, no jugarías conmigo. ¡Ya verías cómo te domaba, ya! Porque vosotras, con vuestros mimos, queréis hacer lo que os da la gana. Tu madre era también así, pero yo la dominé. ¡Vaya!

ÁGUEDA. No debías ni de nombrarla. (Baja la cabeza y cae sobre el papel en que escribe una lágrima gruesa.)

DON LUCIO. ¿Tú me vas a prohibirle, tú? ¡No parece sino que fui un verdugo para ella!

ÁGUEDA. Poco menos.

DON LUCIO. ¡Ah...! ¡Ja...!, ¡ja...! Me haces reír; el acento trágico te sienta bien, pero yo soy poco sensible. Los Aizgorris somos así, duros como el acero; nuestro corazón y nuestro apellido es de piedra... Un antepasado mío de la casa de Oñaz, Machín de Aizgorri, cuando cogió prisionero a un enemigo suyo, de la de Gamboa, ¿sabes lo que hizo?

ÁGUEDA. Yo..., no.

DON LUCIO. Pues le cortó la cabeza y la llevó a vender a la feria de Oñate... Ahí lo tienes retratado en la sala... ¿Eh? ¿Qué te parece eso?

ÁGUEDA. A mí..., nada.

DON LUCIO. Sí. Tú no sabes apreciarlo. Has salido a tu madre. Eres, como ella, ñoña y sentimental.

ÁGUEDA. ¡Ella! (*Tira la pluma, se levanta y con una voz ronca dice*): Ella era fuerte y enérgica... más que tú..., mucho más que tú...; más valiente y más buena.

DON LUCIO. Sí, sí. Ya lo sé.

Águeda pasea por el despacho, con la cabeza baja, enjugándose las lágrimas con el pañuelo. Hay un largo momento de silencio; don Lucio sonrío con una sonrisa ruin,

hasta que se oyen en el zaguán las pisadas de un caballo, y luego, los pasos de alguien que se acerca. Águeda, instintivamente, va hacia la puerta; luego se sienta en la mesa.

DON LUCIO. Será Mariano. No quiero verle. Cuando se marche, que me avisen. ¿Dónde estará esa bruja de Melchora?



Don Lucio se va, y aparece, poco después, Mariano en la puerta del despacho. Es un hombre alto, de barba castaña, espesa, un poco cargado de espaldas. Tiene la mirada apagada, la nariz corva, la sonrisa amable y triste. Al verle entrar, el perro le recibe dando saltos, alegremente. Mariano contempla en silencio a Águeda, que se ha puesto a escribir.)

MARIANO (*Hablando el castellano como un extranjero que lo hable muy bien, pronunciando las consonantes con gran fuerza.*) Aquí está el pobre de todos los días.

ÁGUEDA. ¡Ah...! ¿Es usted?

MARIANO. ¿No se le puede ver a usted la cara?

ÁGUEDA. Perdone, hermano. Ahora estoy trabajando.

MARIANO. Es usted infatigable. ¿Sigue usted con estos dichosos estados?

ÁGUEDA. Sí. Esto es un laberinto.

MARIANO. ¿Quiere usted que le ayude un poco, como ayer?

ÁGUEDA. No, no. Se va a conocer su letra, y entonces, ¡adiós mi mérito de tenedora de libros!

MARIANO. Al menos esas sumas tan largas. Mire usted, el resultado lo voy a poner con lápiz, y usted luego lo pasa con tinta.

ÁGUEDA. Bueno. (*Se levanta, y deja en la mesa su ramo de lilas.*)

MARIANO (*Al sentarse toma el ramo de lilas.*) ¿Para mí, verdad?

ÁGUEDA. Sí es usted bueno...

MARIANO. Pero, ¿qué le pasa a usted? (*La mira atentamente.*)

ÁGUEDA. Nada.

MARIANO. ¿De veras, nada?

ÁGUEDA. De veras. Nada.

MARIANO. ¡Hum! (*Compungido, viendo que Águeda se marcha*): ¿Qué? ¿se va usted?

ÁGUEDA. Iba a limpiarme los dedos con un poco de limón, ¿sabe usted? Todavía no he aprendido a escribir sin ponerme perdida de tinta.

MARIANO. Tenía tantas cosas que decirla...

ÁGUEDA. ¿Tenía usted que decirme algo? Me esperaré.

MARIANO. ¡Oh! Pero es muy largo lo que le tengo que decir, y si no se sienta usted, se va usted a cansar mucho.

ÁGUEDA. Es usted un hombre muy exigente. (*Se levanta.*)

MARIANO. ¿A usted le disgustan mucho los hombres así... exigentes?

ÁGUEDA. Pero, ¿a usted qué le importa? ¡Qué curioso! Todo lo quiere usted saber. Ande usted a sumar, que ésa es su obligación.

Pasan tres o cuatro minutos en silencio. Águeda sonrío maliciosamente.

MARIANO. ¡Si supiera usted las ganas que tiene mi madre de verle a usted y de hablarla! Yo, como siempre estoy nombrándole a usted...

ÁGUEDA. Es raro. Usted habla y suma al mismo tiempo.

MARIANO. Es la costumbre... Pues, sí; mi madre tiene unos celos terribles. Algunas veces me dice, como quien no da importancia a la cosa: La niña de Aizgorri, así le llama a usted siempre, no es tan bonita como tú dices. Y yo, en el mismo tono, le respondo: No te lo puedes figurar, mamá; es más que bonita y más que buena: es superior a toda ponderación. Y es verdad, claro.

ÁGUEDA. Si dice usted esas cosas se va usted a equivocar, ya lo verá usted.

MARIANO. ¡Ca! Es la costumbre. (*Está algún tiempo sumando sin hablar.*) Sí, hablo tanto de usted en casa, que mi madre se enfurruña y murmura en contra de mí y de usted.

ÁGUEDA. ¿De mí también?

MARIANO. ¡Claro! Las madres no comprenden que haya una mujer que desdeñe a sus hijos..., y usted...

Águeda se levanta y se acerca a los cristales de la ventana.

ÁGUEDA. ¿Trabaja usted mucho?

MARIANO (*Taciturno.*) Sí, mucho.

ÁGUEDA. ¿Ha aceptado usted esas dos contratas que me dijo usted ayer?

MARIANO. Sí.

ÁGUEDA. ¿Con tan malas condiciones? ¿Se ha comprometido usted a pagar una indemnización tan grande, si no concluye usted la obra?

MARIANO. Sí.

ÁGUEDA. ¿Y si no termina usted?

MARIANO (*Con desaliento.*) Lo mismo me da.

ÁGUEDA. No es usted práctico.

MARIANO. ¡Bah!

ÁGUEDA. No, no es usted práctico. Esas cosas hay que verlas por el lado económico.

MARIANO. ¿Y usted es práctica?

ÁGUEDA. ¿Yo? Ya lo creo, calcularía...

MARIANO. Usted (*mirándola con atención*), con esos ojos que se tutean con las cosas infinitas, ¡usted práctica! Si muchas veces he llegado a pensar que no es usted mujer.

ÁGUEDA. ¿No? ¿Pues qué soy entonces?

MARIANO. Algo así como una idea.

ÁGUEDA. ¡Qué cosas más raras se le ocurren a usted!

MARIANO. Serán raras, pero yo siempre me represento a usted como una sustancia...

ÁGUEDA. ¡Una sustancia! ¡Vaya una cosa bonita!

MARIANO. Sí, usted se ríe, pero me comprende; lo que pasa es que al lado de esa idea luminosa y profunda que forma su alma, hay algo burlón y saltarín en usted.

ÁGUEDA. ¡Qué retrato mío está usted haciendo! Antes era una idea, después una sustancia, y ahora soy saltarina.

MARIANO. Es que usted no sabe los aspectos que usted misma tiene... Y usted, cuando piensa en mí, ¿cómo me recuerda?

ÁGUEDA. ¡Pero si yo no pienso en usted!

MARIANO. Alguna vez...

ÁGUEDA. Pues cuando pienso en usted, me parece que es usted un chico chiquito, muy chiquito; y yo digo: ¡pero qué tonto es este chico, pero qué tontísimo es!

MARIANO. ¡Cómo se burla usted de mi! ¿Quiere usted contestarme una pregunta, Águeda?

ÁGUEDA. No, señor.

MARIANO. En Madrid, en el tiempo en que ha estado usted allí... alguna simpatía. ¿No me quiere usted contestar?

ÁGUEDA. No, señor.

MARIANO (*Hablando al perro.*) Oye, Erbi... Dime, cuéntame los secretos de tu ama.

El perro endereza las orejas y mira a Mariano con atención, y ladra.

MARIANO. ¡Si oyera usted lo que me está diciendo!

ÁGUEDA. ¡Bah! Erbi está muy bien educado, para contar los secretos de su ama.

MARIANO. ¿Pero es que su ama tiene secretos?

ÁGUEDA. ¡Vaya...! Secretos tremendos.

MARIANO. En serio; tengo que hacerle a usted una pregunta.

ÁGUEDA. Hoy está usted muy pesado con ese interrogatorio. Mire usted, ya que Erbi le contesta tan bien, hágale usted la pregunta a él. (*Abre la puerta y sale al zaguán seguida del perro.*)

MARIANO. ¡Ah, traidora! (*Se sienta y sigue sumando.*)

## II

---

Don Luis, sentado en un sofá, se calienta los pies en un brasero. El cuarto del piso principal de la casa es grande y triste, blanqueado, con grandes lienzos, rotos y carcomidos, en las paredes.

En un testero, una ventana ancha y de poca altura, de las llamadas de guillotina, con los cristales pequeños y verdosos, por entre los cuales se ve el pueblo, el puente y el río. Ocultando, a medias, la ventana, se ve una cortina azul, ajada, que se transparenta en los dobleces.

En el otro testero hay una cómoda de nogal, grande y maciza, y sobre ella, en el centro de su tabla, agujereada por la polilla, un reloj antiguo con la caja de caoba, llena de adornos de cobre, el cuadrante ennegrecido, las agujas rotas y, como remate, una figurilla dorada de la Fama, que, sobre un artefacto tan destrozado, parece un símbolo de ironía.

En una de las paredes del cuarto se ve una estantería con cristales, en cuyo interior están mezclados frascos, retortas y tubos de ensayo; enfrente se abre la puerta de una alcoba.

En las paredes cuelgan varios mapas, viejos y polvorientos, vistas de ciudades, un árbol genealógico de los Aizgorris y dos cuadros que representan los escudos de los Idiáquez, Olasos, Zaldivias, Lazcanos, Urdanetas y los de las ilustres familias emparentadas con los Aizgorris.

En medio de la habitación hay una mesa de nogal con las patas torneadas y el tablero de gran espesor, toda llena de trabajos delicados de talla, y junto a la ventana, un banco de carpintero, lleno de herramientas.

Los muebles los constituyen unas cuantas sillas con la madera de caoba, un canapé largo, de paja, con el respaldo lleno de flores pintadas, estilo Luis XV, y un brasero de cobre, metido en una caja adornada con incrustaciones, también de cobre.

Don Lucio está solo, sentado en el sofá; a veces se levanta, se acerca a la mesa de nogal, se sienta en un sillón de cuero claveteado, toma la pluma, vacila, algo le distrae, y abandonando entonces la idea de escribir, mira por los cristales de la ventana, cruzados por las ramas de una parra llena de hojas de un verde claro, el camino y el puente y las muchachas que lo cruzan con las herradas en la cabeza, y a lo lejos, los montes, poblados de hayales y de bosques de encina, por donde van nadando las nieblas.



DON LUCIO (*Mentalmente.*) Esto no puede seguir así. ¡No tener noticias! Y, sin embargo, trato de convencerme de que lo que me debe interesar es esto, y nada... Esa estúpida idea la tengo clavada en mi alma. No la puedo echar de encima. ¡Esa cara siempre delante de los ojos! Ya está otra vez. Se me figura que me habla... Le di tan mala vida, que ahora se venga... ¡Qué imbécil soy! Parece que yo mismo digo frases para mortificarme, como si alguien me obligara a ello. Es que estoy débil y cualquier cosa me perturba. Ya está otra vez...

Se levanta pesadamente del sillón y tira de la campanilla; luego vuelve a sentarse y permanece algún rato con la cara oculta entre las manos. Melchora entra.

MELCHORA. ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

DON LUCIO. ¡Ah! Eres tú. ¿Por qué no has venido antes?

MELCHORA. Estaba tendiendo la ropa.

DON LUCIO. No quiero que me dejes solo, ¿sabes?

MELCHORA. Pero, ¿qué tienes? ¿Estás peor?

DON LUCIO. No..., no... Anda... Dame un poco de té con aguardiente.

MELCHORA. Con aguardiente, no. El médico ha dicho que no tomes ni una gota.

DON LUCIO. El médico es un imbécil. Sabe tanto de medicina como yo. Haz lo que te digo.

MELCHORA. Espera un momento.

DON LUCIO. Bueno, pero no tardes.

Melchora sale, y vuelve a entrar al poco rato con una botella en la mano.

MELCHORA. ¡Si llega a verme Águeda!

DON LUCIO. ¿Y a qué se mete en nada esa simple?

Melchora se arrodilla junto al brasero y pone una tetera de barro sobre las brasas.

DON LUCIO. ¿No se ha levantado todavía Luis?

MELCHORA. No. Hoy también ha pasado la noche fuera de casa. ¡Buena educación le estás dando!

DON LUCIO. Déjale. Es imbécil.

MELCHORA. Para eso más vale que esté en Madrid, en casa de sus tíos.

DON LUCIO. ¡Por mí...! Ya se puede marchar cuando quiera. Esta noche, ¿la habrá pasado en la taberna?

MELCHORA. Sí.

DON LUCIO. ¿Y qué ha hecho de esa novia que tiene?

MELCHORA. No sé.

DON LUCIO (*Con ironía.*) ¡Qué calavera! ¡Querer tener una novia seria e ir a escoger la hija de un tabernero! Es digno de un Byron, de un Byron de taberna. Y ese imbécil se casará con ella, y en cambio Águeda, que podría casarse con el fundidor, que nos sacaría del apuro, se pasa la vida haciendo melindres. (*Con amargura dolorosa.*) He tenido suerte con mis hijos: el uno es imbécil, completamente imbécil; la otra es una simple.

MELCHORA. Si hubieras cuidado de educar bien a Luis, ahora no pasaría eso.

DON LUCIO. ¿Educarlo? ¡Si es idiota! Es de familia; en la mía ha habido muchos locos.

MELCHORA. Como en todas.

DON LUCIO. ¡Ca! He conocido lo menos seis o siete, entre locos y suicidas, en mi parentela. El mismo tío Martín, aquél tan serio y tan formal, estaba loco. Yo le he visto en Oñate coger al diablo del altar de San Miguel, de su casa, y llevarlo a su cama y pasarse la noche velándole.

MELCHORA. ¡Jesús, María y José! ¡Al demonio!!

DON LUCIO. Sí, al demonio. Es decir, un pedazo de madera; mal tallado y mal pintado, con unos cuernos de plata en la cabeza. Al tío Martín le entraron esas manías cuando su novia se hizo monja. Entonces, todas las mañanas salía a la huerta y empezaba a tirar tiros al aire; él creía que llegaban al cielo. El pobre era bastante ignorante.

MELCHORA. ¡Qué cosas cuentas! ¡Qué cosas!

DON LUCIO. ¡Si es la verdad! Sólo que antes había locos en la familia, y ahora son idiotas.

Melchora retira la tetera del fuego cuando empieza el agua a hervir; echa el té y lo



revuelve. Llena una taza y añade unas gotas de aguardiente.

MELCHORA. Toma. Pero no pidas más. (*Abre el armario y guarda la botella.*)

DON LUCIO. ¿Qué has echado en este té, que está tan amargo?

MELCHORA. Nada.

DON LUCIO. ¡Puah! (*Echa la taza al suelo.*)

MELCHORA. ¡Mi pobre suelo! ¡Cómo lo estás poniendo! Tendré que frotarlo otra vez.

DON LUCIO. Para el tiempo que estaremos en esta casa...

MELCHORA. ¿Vas a decidirte a venderla?

DON LUCIO. ¡Venderla...! Sí, sí. Eso es lo que yo quisiera.

MELCHORA. ¿Tan mal andan los negocios?

DON LUCIO. Muy mal.

MELCHORA. ¿Necesitas mucho dinero?

DON LUCIO. Mucho.

MELCHORA. ¿Como cuánto?

DON LUCIO. Ya te he dicho que mucho. Eso no te importa.

MELCHORA. Es que yo tengo ahorrado algún dinero. Además, podría vender unos campos.

DON LUCIO. ¡Ah...! ¿Tienes dinero...? Ya hablaremos de eso. Oye ¿Han repartido las cartas?

MELCHORA. Aún no. Todavía no ha pasado Pachi.

DON LUCIO. ¡Pobre hombre! Con este tiempo, ¡cómo tiene que andar!

MELCHORA. Valiente granuja es el tal Pachi.

DON LUCIO. ¡Bah!

MELCHORA. Y borracho como una cuba.

DON LUCIO. No hables, ¡qué diablo!, que a ti también te gusta empinar el codo, de vez en cuando.

MELCHORA. ¿A mí?



DON LUCIO. A ti, sí. ¿De dónde, si no, sacas todas esas historias que cuentas de ánimas y de espíritus...? Espiritu... de vino.

MELCHORA. ¡Qué mentira! ¡Qué mentira! ¡Esas cosas me dices a mí, a tu nodriza, que te ha criado como una madre!

DON LUCIO. ¡Qué! Ya empezamos con la canción de siempre. ¡Ojalá si, de chico, me hubieras aplastado la cabeza contra una piedra!

MELCHORA. No digas eso, Lucio... no digas eso. ¡Oh! ¡Qué pena!

DON LUCIO. Vamos, cállate. ¿De veras no bebes?

MELCHORA. No.

DON LUCIO. Entonces, ¿de dónde demonios sacas esas historias de ánimas y de espíritus? ¿Es que ves esas cosas?

MELCHORA. Sí, las veo.

DON LUCIO. De noche, ¿eh?

MELCHORA. Sí, de noche.

DON LUCIO. ¿Y te hablan?

MELCHORA. Sí.

DON LUCIO. Oye, oye. ¿Qué te dicen? (*Mentalmente.*) ¡Es curioso, eh!

MELCHORA. ¡Tantas cosas! No sólo de lo que ha sucedido, sino de lo que tiene que suceder.

DON LUCIO. Estás loca, loca de remate. ¿Adónde vas?

MELCHORA. Voy a abrir. Han llamado. (*Sale del cuarto.*)

DON LUCIO. ¿Es el cartero?

MELCHORA (*Desde fuera*) Sí.

DON LUCIO. ¿Hay carta?

MELCHORA. Sí, una carta con un sobre grande y sin sello.

DON LUCIO (*En voz baja.*) Malo. Será la sentencia de Bilbao. (*Alto*) Dile a Pachi que entre.

Se oye ruido de pasos en la escalera, y entra, al poco rato, Pachi, un hombre grueso, afeitado, de unos cincuenta a sesenta años, con la cara ancha, el pelo cano, los ojos grises y la boca de gruesos labios, maliciosa y burlona. Viste de gris, lleva una boina azul y polainas, una cartera a la espalda, y en la mano derecha, una varita de mimbre.

PACHI. Buenos días, don Lucio. ¿Cómo estamos? (*Le entrega la carta y algunos periódicos.*)

DON LUCIO. Mal... muy mal. (*Rompe el sobre.*) ¿Tomamos una copa, eh?

PACHI. Si usted se empeña...

DON LUCIO. Siéntate, hombre. ¡Melchora! La botella.

Melchora abre el armario, saca la botella y la pone en la mesa; luego trae, en una bandeja, una jarra de agua y dos copas, una pequeña y otra grande.

MELCHORA. Ahí tienes tu aguardiente.

PACHI. ¿Ves, Melchora? (*Señalando la botella.*) Esta mujer no engaña nunca.

MELCHORA. ¡Borracho!

Pachi llena la copa pequeña de agua y bebe un sorbo, haciendo muecas.

PACHI. ¡Uf! ¡Qué agua más fuerte!

MELCHORA (*Inocentemente.*) ¡Si es agua!

PACHI. No importa, está muy fuerte. (*Mira al trasluz la otra botella, llena el vaso grande y lo bebe hasta la mitad.*) ¡Demonio! Si no es por esto, me abraso.

MELCHORA. ¡Qué bruto!

DON LUCIO (*Abandonando la lectura.*) ¡Es gracioso este Pachi! (*Deja el sobre y la carta en la mesa.*) ¿Qué? ¿No fumas?

PACHI. No hay tabaco. Estamos todos más pobres que las ratas.

DON LUCIO. Toma, hombre. (*Le da una petaca.*) Te encuentro viejo, Pachi. (*A Melchora*) Vete. ¿Qué haces ahora aquí? (*Melchora sale.*)

PACHI. ¿Viejo...? ¡Je..., je...! (*Carga la pipa*) Sí; los años no pasan en balde... Pero todavía hay aquí redaño para dar guerra en este mundo. (*Pachi enciende la pipa*).

DON LUCIO. ¡Bah! ¡Ilusiones! No eres ni sombra de lo que eras. Y antes, ¿qué? ¿Qué hiciste algunas barbaridades en la guerra? ¡Valiente cosa!

PACHI. Hombre, usted ha dado mucho que hacer aquí y fuera de aquí; pero yo

también he tenido mis asuntillos. ¡Había que verme, allá, por las Pampas, hace algunos años, llevando negros a venderlos...! ¡Je..., je...!

DON LUCIO. ¿Pero es de veras? ¿Tú has sido comerciante de negros?

PACHI. Sí, señor. Y de chinos también.

Llaman en la puerta en este momento. Don Lucio se levanta, la abre y aparece Díaz.

DÍAZ. ¡Hola, don Lucio!

DON LUCIO. ¿Quería usted algo?

DÍAZ. Voy a hacer el balance del mes.

DON LUCIO. ¡Hombre! ¡Qué ocurrencia!

DÍAZ. Y creo que las últimas facturas no están apuntadas.

DON LUCIO. ¿No?

DÍAZ. Me parece que no. Usted las tendrá en el pupitre.

DON LUCIO. No sé. Voy a ver si tengo la llave. *(Busca en el bolsillo del pantalón.)* Sí, aquí está. *(Hace el ademán de entregar la llave al dependiente.)*

DÍAZ. ¿Estarán en el sitio de costumbre? *(Alarga la mano.)*

DON LUCIO. Ahora me acuerdo. *(Vuelve a guardar la llave.)* Estas facturas están apuntadas. Mire usted el libro; ya verá cómo están.

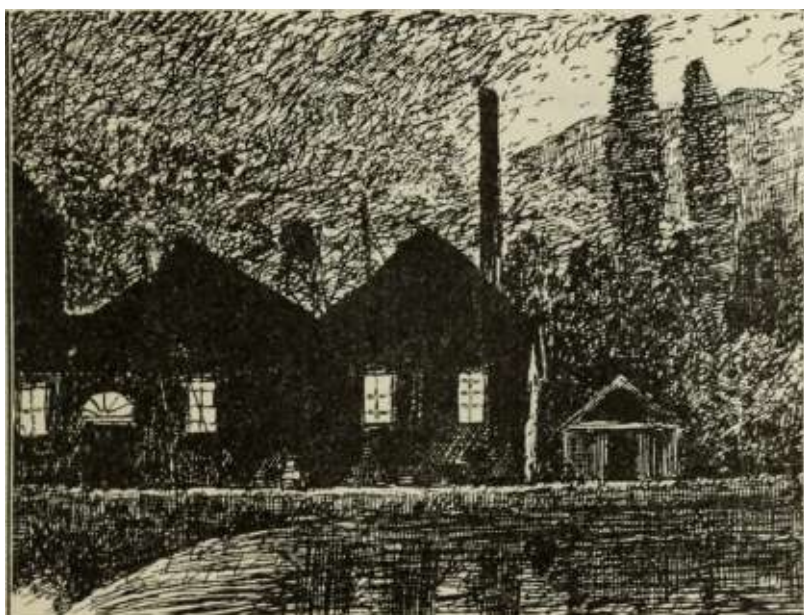
DÍAZ. Pues no sé. *(Vacila.)* Yo creo que no.

DON LUCIO. Mire usted el libro y se convencerá.

DÍAZ. Bueno, bueno. Si no están apuntadas volveré por aquí.

DON LUCIO. Sí; vuelva usted.

DÍAZ. Hasta luego, entonces. *(Sale.)*



DON LUCIO (*En voz baja*). ¡Imbécil! ¡Quiere engañarme a mí! (*Se levanta, cierra la puerta y se acerca a Pachi.*) Oye, Pachi. Si yo te pidiera un favor, ¿lo harías?

PACHI. Hombre..., según.

DON LUCIO. ¿Y si te ofreciera cincuenta duros?

PACHI. Entonces preguntaría: «¿qué hay que hacer para cogerlos?»

DON LUCIO. Pues, mira... Sin rodeo ninguno, te lo voy a decir. Los acreedores se van a echar encima de mi fábrica, ¿sabes? Pero, bueno; antes que ellos, yo quiero que se la lleve el demonio, ¿comprendes?

PACHI. Sí; pero, ¿cómo se la tiene que llevar el demonio? Eso es lo que hay que averiguar.

DON LUCIO. ¿Has visto cómo está el río?

PACHI. Sí.

DON LUCIO. Las orillas deben empezar a inundarse.

PACHI. Ya lo creo. En pocos años se ve cosa igual.

DON LUCIO. ¿Tú crees que si se rompiera el dique mi fábrica se inundaría?

PACHI. ¡Ya lo creo!

DON LUCIO. Pues, bien; te doy cincuenta duros si rompes el dique.

PACHI. ¿Y qué va a hacer el pueblo?

DON LUCIO. ¿Te importa algo?

PACHI. ¡Psch!

DON LUCIO. ¿Aceptas, o no...? Yo te lo propongo.

PACHI. Hombre...

DON LUCIO. Ochenta duros.

PACHI. ¿Usted hablará después al juez para que no haga averiguaciones?

DON LUCIO. Corre de mi cuenta. Conque, ¿aceptas?

PACHI. ¿Qué remedio?

DON LUCIO. Nos entendemos. Bebamos un trago, Pachi. (*Llena los dos vasos.*)

PACHI. A su salud, patrón.

DON LUCIO. A la tuya. (*Beben.*)

PACHI. Bueno. Pero ¿cuándo vengo? ¿Esta noche?

DON LUCIO. No. Esta noche, no. Las aguas en el río todavía seguirán así en algún tiempo, ¿verdad?

PACHI. Sí.

DON LUCIO. Durante esta semana te paseas por la carretera a las nueve, y si una noche, a esa hora, ves luz en este cuarto, y que yo te hago señas, ves el pañuelo, desde esta ventana... Entonces... ya sabes. Vienes. Como la destilería estará cerrada, entras por la huerta y pasas por el jardín.

PACHI. Bueno. Ya dará usted algo de antemano, ¿eh?

DON LUCIO. Toma: diez duros. No te los bebas. ¿Has entendido?

PACHI. Sí, hombre, sí. Usted, a las nueve, sale a esta ventana y me hace seña con el pañuelo. Yo, en cuanto lo vea, entro. ¿Y cómo rompo el dique?

DON LUCIO. Si con la palanca no puedes arrancar alguna piedra, no tienes otra cosa que hacer mas que abrir la compuerta de abajo de la turbina y marcharte.

PACHI. Bueno.

DON LUCIO. ¿Vendrás, eh? Palabra.

PACHI. Palabra. (*Cruza el pulgar y el índice y besa el dedo pulgar.*) Por éstas. Voy a concluir de repartir el correo. (*Se marcha.*)

DON LUCIO (*Mentalmente.*) Anda con Dios. (*Solo, tomando la carta en la mano.*) Me querían reventar... ¡Ja..., ja...! ¡Qué broma! ¡Qué broma les preparo! (*Mirando al techo.*) Ya estoy viéndola otra vez ahí. (*Llena el vaso de aguardiente y bebe.*) ¡Ah...! Ya le voy perdiendo el miedo. (*Se pasea.*) Me siento fuerte hoy. (*Se asoma a la ventana y se apoya en ella.*) Esta vida de aldea me mata. (*Mirando un carro de bueyes que sube al pueblo.*) Como esos bueyes arrastran esa carreta, así van las miserias arrastrando mi vida. Hay que marcharse de aquí..., a volver a vivir y a gozar. (*Se acerca a un espejo y se mira.*) Estoy fuerte, fuerte. ¡Eh! ¿Quién anda ahí?

DÍAZ. (*Desde la puerta.*) Soy yo, Díaz.

DON LUCIO. ¿Qué hay?

DÍAZ. Nada, que estaba usted en lo cierto. Las facturas están apuntadas, pero falta tomar nota de una de azúcar.

DON LUCIO. ¡Ah...! Sí, ¿eh? (*De repente, con energía y cambiando de voz.*) Pero ¿tú crees que no sé que me haces traición?

DÍAZ. ¿Yo? ¡Don Lucio!

DON LUCIO. Tú, sí, tú. No vuelvas a poner los pies en mi casa, ¿lo entiendes?

DÍAZ (*Tomando una postura elegante y apoyándose en la mesa.*) ¿Lo toma usted de ese modo? Tras de no pagarme, me insulta usted. Bien. No pienso volver por aquí; no tenga usted cuidado. Alfort me ha nombrado su representante.

DON LUCIO. ¡Ah, canalla! Te vas con él para hacerme la guerra... ¡Tunante!

DÍAZ. Basta de palabras fuertes, don Lucio.

ÁGUEDA. (*Que entra al oír los gritos.*) Pero, ¿qué pasa?

DÍAZ. El padre de usted que se ha vuelto loco...

DON LUCIO. Sí, yo, que me he vuelto loco al tratar con este hombre, que me ha robado y me ha arruinado, y ahora se va a reunirse con un enemigo mío... ¡Ja..., ja...! ¡Qué suplicio el de tener que estar agradecido, para un canalla de tu especie! ¿Eh?

DÍAZ. Canalla..., usted. Todo el pueblo lo dice.

DON LUCIO. Sí; pero tú eres, además, cobarde y rastrero...

DÍAZ (*Con los ojos y los dientes brillantes.*) Está usted malo... Me voy... No le

hago caso.

DON LUCIO. No hagas caso, no. ¡Valiente!

DÍAZ. Y que le conste a usted que, por respetar su estado, no le contesto de otra forma.

ÁGUEDA (*A su padre.*) Papá, déjale.

DON LUCIO. Quita. (*A Díaz.*) ¡Tú...! ¡Ja..., ja...! ¡A un Aizgorri...! ¿Por qué no le contestaste de otra forma al hermano de esa chiquilla engañada por ti, y que te abofeteó?

DÍAZ. ¿A mí? ¿A mí? (*A Águeda.*) Ya ve usted que oigo con moderación los insultos de su padre. (*Va hacia la puerta.*)

DON LUCIO. Anda, anda; date aires de príncipe, ¡mendigo!

DÍAZ. Vuelva usted a decir algo más y no le salva ni el estar enfermo, ni el estar medio podrido...

ÁGUEDA. ¡Jesús, Dios mío! (*Se interpone entre su padre y Díaz.*)

DON LUCIO (*A Águeda.*) ¡Quita! (*A Díaz.*) Te ha hecho efecto, ¿eh? (*Tomando la botella y mostrándosela.*) ¿Quieres un trago, viborezno?

DÍAZ. Gracias. (*Se serena, se pasa la mano por el cabello, reluciente, y se sonríe.*) Un consejo, don Lucio, un consejo de amigo. ¿Sabe usted lo que dijo ayer el médico? ¿No? Pues, que con una impresión un poquito fuerte, le da a usted un ataque y tuerce usted la cabeza. ¡Ojo, don Lucio!

ÁGUEDA. ¡Qué canallada!

DÍAZ. ¡Ojo, don Lucio! Hoy está usted congestionado. No le vaya a dar un ataque. (*Sale riéndose.*)

Don Lucio le mira marcharse, sin decir nada, se sienta en el sillón, llena el vaso de aguardiente y se lo bebe a medias.

ÁGUEDA. Pero no bebas más... (*Quita la botella de encima de la mesa.*)

DON LUCIO (*Concluye el vaso.*) Sí..., sí...; quiero olvidar...

ÁGUEDA. ¿Olvidar, qué?

DON LUCIO. Todo... Todo... (*Dejando el vaso vacío y señalando la carta que acaba de recibir.*) Lee eso.

Águeda pasa por encima la vista al papel.

ÁGUEDA. ¿De manera que ya no nos queda nada?

DON LUCIO. Nada. Lo sientes por ti, ¿eh?

ÁGUEDA. Lo siento por todos.

DON LUCIO. Más por ti, ¿verdad?

Águeda no contesta.

Don Lucio mira durante largo tiempo a su hija, y después cierra los ojos.

Entra Melchora, y al ver a don Lucio hundido en el sillón, con el rostro desencajado, se acerca a él.

MELCHORA. ¿Qué hay? ¿Qué te pasa, Lucio?

DON LUCIO (*Abriendo los ojos.*) Nada. Me ha herido a fondo...

MELCHORA. ¿Has recibido alguna mala noticia?

DON LUCIO. Sí.

MELCHORA. ¡Ah...! Ya decía yo... Por eso ayer aullaron los perros en nuestra puerta.



DON LUCIO (*Con vaguedad.*) Aullaron, ¿eh? Oye, Águeda, ¿está ahí Luis?

ÁGUEDA. Sí. (*Sale a la puerta.*) Ven, Luis.

MELCHORA (*A don Lucio.*) ¿Se te pasa?

DON LUCIO (*Murmurando.*) Sí... Oye, Águeda, ¿qué ha dicho el médico de mí?

ÁGUEDA. Nada. No ha dicho nada. ¿No es verdad, Melchora?

DON LUCIO. Pero si lo comprendo... Pero si lo comprendo... Sí, lo que ha dicho Díaz es verdad: ¡es verdad!; ¡es verdad!!

LUIS (*Entra.*) ¿Qué pasa? ¿Qué tienes, papá?

MELCHORA (*Agarrando las manos a don Lucio.*) Está frío. ¡Lucio! ¡Lucio!  
¡Responde!

DON LUCIO. Tengo frío... ¡Mucho frío...! ¡Mucho frío...!

LUIS. ¿Es que papá está de broma?

ÁGUEDA (*A Luis, con indignación.*) Calla. (*A Melchora.*) Trae algo para abrigarle.



Está temblando de frío.

Sale Melchora, y al poco rato vuelve con una capa. Tras de ella entra la loca de Elisabide, a quien ha encontrado en la escalera. Arropan a don Lucio, cuyos dientes castañetean.

MELCHORA. Lucio... Hijo..., habla..., contesta.

DON LUCIO. Frío...; mucho frío.

ÁGUEDA. ¿Todavía sientes frío?

DON LUCIO. Sí. ¡Oh! ¡Pero qué luces me están pasando por la cabeza! ¡Qué luces! Son como rayos..., como rayos...

MELCHORA. Es que estás soñando. ¡Habla! ¡Despierta!

DON LUCIO. Oye, Melchora, ¿por qué aullaban los perros en la puerta de casa? Di.

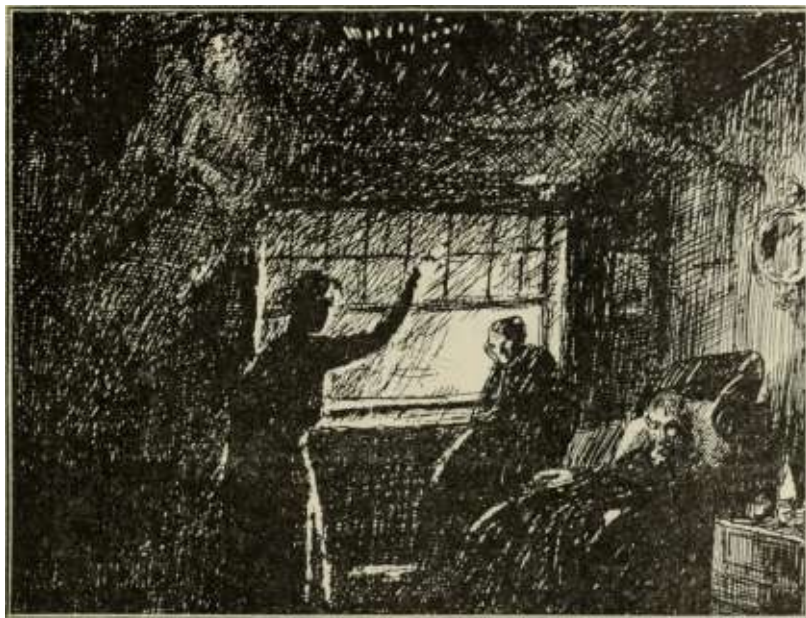
LUIS. Pero, ¿qué ocurre? Yo estoy aterrado...

MELCHORA (*A la loca, por lo bajo.*) ¿Tú crees que se curará?

LALOCA (*Sonriendo.*) No.

DON LUCIO. ¡Oh...! ¡Cuánta luz...! ¡Cuánta luz y cuánto ruido! (*Luego hace esfuerzos extraños para hablar, y dirigiéndose al techo grita con voz chillona.*) Ama... ama... ama...

LUIS. Parece que habla con alguno. ¡Qué muecas hace!



MELCHORA (*Poniendo la mano en el hombro de don Lucio.*) ¡Hijo mío! ¡Soy yo! ¿No me conoces?

DON LUCIO. Ama... ama...

MELCHORA. Lucio... contesta. ¿Por qué no contestas?

LALOCA (*Sonriendo.*) No, no contestará.

ÁGUEDA. ¿Por qué?

LA LOCA (*Señalando con el dedo al techo.*) Porque ahora está hablando con los espíritus.

### III

---

En el mismo cuarto de don Lucio. Sobre la cómoda se ven varios frascos, azules y blancos, botes y tazas.

Son las primeras horas de la tarde. Entra un sol brillante por la ventana. En el cielo, azul pálido, van nadando nubes blancas como trozos de mármol.

Águeda y don Julián hablan, apoyados ambos en el alféizar de la ventana. Don Julián, el médico del pueblo, es un señor grueso, rechoncho, de bigote blanco y aspecto bondadoso.

ÁGUEDA. ¿De modo que usted cree que va mejorando algo?

DON JULIÁN. Sí. El estado general es mejor. Creo que podrá restablecerse. Pero, ¡qué sé yo! La inteligencia me parece que no se le aclarará.

ÁGUEDA. Eso sería terrible, don Julián.

DON JULIÁN. Sí, es verdad; mas, por otra parte, para un hombre tan inquieto como él, es el descanso.

ÁGUEDA. ¿No sufrirá?

DON JULIÁN. Nada. No. Ahora está en un sueño... Esto es frecuente en los alcoholizados.

ÁGUEDA. Pero mi padre, don Julián, no lo es.

DON JULIÁN. Sí lo es, sí. No bebía mucho, es cierto, pero había bebido. Además, respiraba continuamente los vapores del alcohol. Hay más alcoholizados de los que se supone.

ÁGUEDA. Sí, ¿eh?

DON JULIÁN. ¡Sí lo digo siempre! Esta fábrica vuestra concluirá por devorar al pueblo.

ÁGUEDA. Pero oiga usted, don Julián, porque a mí también me interesa esto. ¿Tan malo es el alcohol?

DON JULIÁN. ¡Oh! Es el producto más terrible, el enemigo mayor de los hombres. Es el espíritu de la locura y de la muerte. Ya ves; todas esas furias, como la dinamita y la melinita, y otras que se agazapaban antes entre sustancias, al parecer sin maldad, en la glicerina, en el azúcar..., pues todos esos explosivos modernos, que llevan una cola larguísima de catástrofes, no son tan terribles como el alcohol.

ÁGUEDA. Pero, ¡quién lo diría!

DON JULIÁN. Es que los efectos del alcohol son lentos. El daño que hace en el padre se manifiesta en el hijo o el nieto.

ÁGUEDA. ¿Y usted cree que en nuestro pueblo ha sucedido algo de eso?

DON JULIÁN. ¡Ya lo creo! Arbea era uno de los pueblos más fuertes de las

provincias vascongadas, pueblo de agricultores, semibárbaros, que vivía en este valle hundido. Los Aizgorris, tus antepasados, eran los señores, los *jaunchos*, como les llamaban aquí, gente aguerrida, con la hermosa crueldad del salvaje; hombres enérgicos, de músculos y de corazón duros como el acero. Vino tu abuelo y puso la fábrica, excitado por el lucro, y poco a poco el alcohol fue infiltrándose y la degeneración cundió por todas partes.



ÁGUEDA. ¿Y de los padres ha pasado a los hijos, verdad?

DON JULIÁN. Ahí está, precisamente, el mayor mal. Ése es el aspecto más triste de los efectos del alcohol; no mata, pero hace degenerar a la descendencia, seca las fuentes de la vida. Así, los hijos nacidos, desequilibrados y enclenques, pagan las culpas de los padres, por esa fatalidad inexorable de la herencia. (*Contemplando a Águeda, que está pensativa y ensimismada*). ¿En qué piensas?

ÁGUEDA. Pienso en la obra funesta de mi familia. (*Sonriendo con tristeza.*) Porque, para usted, nosotros hemos sido los envenenadores del pueblo.

DON JULIÁN. ¡Qué quieres que te diga...! Eso he creído siempre.

ÁGUEDA. Yo me lo figuraba también. Muchas veces he pensado que, si pudiera, cerraría la fábrica.

DON JULIÁN. ¡Qué beneficio sería para el pueblo!

ÁGUEDA. ¿Y sabe lo que haría con la fábrica? Es una idea que se me ocurrió hace días, leyendo la vida de un santo. La convertiría en un asilo.

DON JULIÁN. ¿Sabes, chica, que a veces creo que vales mucho más de lo que vales?

ÁGUEDA. ¡Bah!

DON JULIÁN. Oye. ¿Es verdad que los acreedores van a vender la fábrica?

ÁGUEDA. Sí.

DON JULIÁN. Y vosotros, ¿qué vais a hacer? ¿Tu hermano ha decidido alguna cosa?

ÁGUEDA. ¡Él! Nada. Desde antes de ayer a la mañana que papá se puso malo, no sale de su cuarto mas que para comer, y allá anda paseándose de un lado a otro.

DON JULIÁN. ¿Le impresionó mucho el accidente de tu padre?

ÁGUEDA. Mucho. ¡Ha desmejorado en estos dos días de una manera...! Tiene usted que verle, porque yo creo que no está bien.

DON JULIÁN. Bueno. Luego le llamas con cualquier pretexto. Oye, y Mariano, ¿ha venido a verte?

ÁGUEDA. Por la mañana ha estado aquí.

DON JULIÁN. No te ha hablado estos días...

ÁGUEDA. ¿De qué?

DON JULIÁN. De... yo creía que era tu novio, vamos.

ÁGUEDA. Pues, no.

DON JULIÁN. Estaba tan entusiasmado... no hacía mas que elogios de ti...

ÁGUEDA. Somos buenos amigos.

DON JULIÁN. Él no manifestaba sólo amistad, no; algo más que amistad. ¿Se habrán apaciguado sus entusiasmos por el mal giro de vuestros negocios?

ÁGUEDA. ¡Cómo se ve que no le conoce usted a Mariano!

DON JULIÁN. Es verdad... le trato poco, como sabes... Dicen que es muy sensato.

ÁGUEDA. Y noble y leal.

DON JULIÁN. ... Que es dominador... adusto...

ÁGUEDA. Para mí siempre ha sido cariñoso y amable.

DON JULIÁN. Que sabe lo que vale el dinero...

ÁGUEDA. Siempre le he visto generoso.

DON JULIÁN. Mucho le elogias... ¿Te agrada?

ÁGUEDA. Sí... ¿A qué negarlo?

DON JULIÁN. Y él... ¿te quiere?

ÁGUEDA. Creo que sí.

DON JULIÁN. ¡Y no sois novios!

ÁGUEDA. No.

DON JULIÁN. Pues, dispénsame que te diga, hija mía, pero eso es muy raro.

ÁGUEDA (*Separándose de la ventana*). Sí. No digo que no. Ahora baja Luis. Voy a decirle que pase.

Águeda sale a la puerta del gabinete que da a la escalera e invita a pasar a su hermano.

ÁGUEDA. Pasa, Luis... ¡Si está don Julián!

LUIS (*Entra*). ¿Qué me quieren?

DON JULIÁN (*En voz baja*). ¡Qué abatido está! Pobrecillo. (*Alto*). ¡Hola, chico! Ya hace tiempo que no te veo.

LUIS. Sí, es verdad. (*Se sienta en la silla con las manos apoyadas en los muslos.*)

DON JULIÁN. Le decía a tu hermana que vuestro padre está tranquilo. No tiene cosa de cuidado, por ahora.

LUIS. No, ¿eh?

DON JULIÁN. No. Lo que pasa es que no va a poder dedicarse a su trabajo, y como el dependiente se ha marchado, vais a tener que pensar en dirigir vuestros asuntos. Tendréis que trabajar.

LUIS. ¡Trabajar!

DON JULIÁN. Si Ahora, en estos casos, se ven los hombres. Tú ya lo eres...; tienes energía...

LUIS. ¿Yo...? Ninguna.

DON JULIÁN. ¡Bah! La situación tuya y la de tu hermana son para abatir a cualquiera; pero ya verás, cuando empieces a trabajar, cómo te sientes fuerte y enérgico.

LUIS. ¿Yo?

DON JULIÁN. Sí, hombre; porque a ti te hace falta eso, una ocupación, tener quebraderos de cabeza.

LUIS. Es verdad...; es verdad. (*Con voz sorda.*) A mí lo que me hace falta es dinero.

DON JULIÁN. Sí. Eso está claro. Pero no es mejor y más digno poder decir, dentro de un año o de unos meses: yo, por mi fuerza de voluntad, he salvado a mi familia de la miseria; yo...

LUIS (*Con ironía.*) Sí. Eso está bien en las novelas...; pero en la vida...

DON JULIÁN. En la vida pasa también. Créelo.

ÁGUEDA. ¿De manera que tú no piensas trabajar?

LUIS. ¿En qué? ¿En dónde?

ÁGUEDA. En la fábrica.

LUIS. ¿Pues no la van a vender los acreedores?

ÁGUEDA. Si no es en la fábrica, en otro lado. Se buscará un empleo.

LUIS (*Con petulancia.*) Si hay sobra de gente en todas partes. Para cada empleo hay miles de pretendientes.

ÁGUEDA. ¡Tú qué sabes! De modo que, según tú, nos debemos echar al surco sin buscar ni ensayar nada.

DON JULIÁN. No; si Luis no quiere decir eso.

LUIS (*Secamente.*) Se engaña usted, don Julián. Eso es lo que quiero decir.

ÁGUEDA. Pero, Luis... ¡Por Dios! Entonces, ¿qué piensas hacer?

LUIS (*Con furia.*) ¿Yo? Nada.

DON JULIÁN (*A Águeda.*) Hoy está abatido. Se comprende. (*A Luis.*) Ya verás, cuando reacciones de tu abatimiento, cómo te sientes fuerte y enérgico y capaz de todo.

LUIS. Sí, sí. Cuando eso suceda, no lo niego.

DON JULIÁN. ¿Pero tú, un Aizgorri sin energía? Si parece imposible.

Luis se encoge de hombros.

ÁGUEDA. ¿De manera que todo, menos trabajar?

LUIS (*Con indiferencia.*) Sí; todo, menos eso. (*Levantándose.*) Además, me están ustedes mareando con tanta pregunta. ¿No decían ustedes antes que el caso no era tan desesperado?

DON JULIÁN. Y es verdad.

LUIS. Entonces, ¿para qué pensar en cosas tristes?

DON JULIÁN. Hay que preverlo todo y mirar las cosas frente a frente; lo bueno y lo malo.

LUIS. No; no. Yo no quiero pensar en cosas tristes. (*Se levanta.*) ¡Me asusto! ¡Me asusto! (*Pasea, gesticulando, por el cuarto. Suena la campana de la verja.*) Me voy. (*Sale.*)

DON JULIÁN. ¿Quién viene?



ÁGUEDA (*Asomándose a la ventana.*) Es Mariano.

DON JULIÁN. Este Luis... ¡Lástima de muchacho! ¡Qué falta de sentido moral!

ÁGUEDA. ¡Pobre Luis! (*A don Julián.*) Aquí se ve lo que dice usted de la

degeneración que va de los padres a los hijos, ¿eh?

DON JULIÁN. Aquí (*confuso*), sí; aunque, precisamente, este caso...

ÁGUEDA. ¿Para qué ocultar la verdad? (*Abre la ventana y se asoma a ella. Don Julián contempla a Águeda en silencio. Entra Mariano.*)

MARIANO. ¿Cómo sigue el enfermo, don Julián?

DON JULIÁN. En el letargo más completo.

MARIANO. ¿Hay peligro de que suceda una desgracia?

DON JULIÁN. No sé...; no sé.

ÁGUEDA (*Volviendo la cabeza.*) ¡Hola, Mariano!

MARIANO. ¡Águeda! (*Retiene sin querer los dedos de ella entre los suyos.*)

ÁGUEDA (*A don Julián.*) Voy a escribir al tío Rafael, contándole lo que pasa. (*A Mariano.*) ¿Me quiere usted tener presa?

MARIANO (*Soltando la mano de Águeda.*) Perdone usted.

Águeda se sienta a escribir.

MARIANO (*En voz baja.*) Oiga usted, don Julián. ¿Qué dice Águeda de esta situación? ¿La conoce?

DON JULIÁN. Sí.

MARIANO. Me han dicho que los acreedores van a vender la fábrica.

DON JULIÁN. Es cierto.

MARIANO. ¿Cómo va a quedar Águeda? ¿En la miseria?

DON JULIÁN. No sé.

MARIANO. Quisiera consultarle a usted una cosa, don Julián.

DON JULIÁN. Diga usted.

MARIANO. Yo quiero a Águeda; y ella se me figura que me tiene algún cariño. Pero, no sé por qué, me rechaza.

DON JULIÁN. ¿Le rechaza a usted?

MARIANO. Abiertamente. Yo me pregunto: ¿Qué he hecho? ¿Qué motivo tiene? Porque Águeda tiene algún motivo... No es una mujer superficial.

DON JULIÁN. No, no. Siempre ha sido inteligente y sensata.

MARIANO. ¿No es verdad? (*Contempla entusiasmado a Águeda.*) Y buena como un ángel.

ÁGUEDA (*Levanta la cabeza con melancolía.*) ¿Por qué me miran ustedes así?

DON JULIÁN (*Señalándole la frente.*) Queremos sorprender lo que hay escondido en esa cabecita rubia.

ÁGUEDA. ¿Escondido? Nada.

DON JULIÁN. ¡Oh...! Lo averiguaremos.

ÁGUEDA. Yo lo ocultaré, en cambio.



DON JULIÁN. Si puedes. Cuando el alma es leal y abierta, los sentimientos salen a la cara.

ÁGUEDA. Pues yo no soy tan tortuosa, y sé ocultar mis preocupaciones.

MARIANO. ¿Para qué ocultarlas a personas que la quieren?

ÁGUEDA. A ésas más... Porque cuando no se puede poner remedio al mal...

DON JULIÁN. ¿Al mal? ¿A qué mal? No comprendo tus preocupaciones. Me vas inquietando.

ÁGUEDA (*Con voz alterada.*) ¿Por qué, don Julián?

DON JULIÁN. Tú tienes preocupaciones y las ocultas. Graves han de ser... Y aquí, en esta casa...

ÁGUEDA (*Se levanta.*) ¿Qué? ¿Teme usted que me pase algo?

DON JULIÁN. No. Eso, no. Pero debes de comunicar tus inquietudes. Será para ti un consuelo. Esa compañía eterna de la razón con una idea cansa, cansa mucho y puede llegar hasta perturbar el cerebro.

ÁGUEDA. ¡Oh, Dios mío...! Temía que me iba usted a decir eso... Sí, lo temía.

MARIANO. Pero, ¿qué le pasa a usted? Está usted pálida.

ÁGUEDA. Nada..., nada. (*Se acerca a la ventana y solloza.*)

DON JULIÁN (*A Mariano.*) Déjeme usted solo con ella. Haga usted compañía al enfermo.

MARIANO. Pero, ¿cree usted que voy a tener valor para no ponerme a escuchar?

DON JULIÁN. Escuche usted. Se lo autorizo.

Mariano sale al cuarto y quedan solos don Julián y Águeda. Don Julián va acercándose a la muchacha y le pone la mano en el hombro.

DON JULIÁN. Vamos, Águeda, hija mía, ¿qué tienes?

ÁGUEDA. Nada, don Julián. Ganas de llorar solamente.

DON JULIÁN. No... tus inquietudes... ¿Por qué no me las dices?

ÁGUEDA. ¿Se ha marchado Mariano?

DON JULIÁN. Sí. Habla. ¿Qué tienes?

ÁGUEDA. ¿Pero no ha comprendido usted que yo también soy de esos seres enfermos que llevan, como usted dice, la degeneración en la sangre?

DON JULIÁN. ¿Tú...?

ÁGUEDA. Yo, Sí.

DON JULIÁN. ¿Tú, Águeda, enferma...? ¿Qué datos tienes para creer eso?

ÁGUEDA. Los tengo, don Julián, y terribles. (*Solloza.*)

DON JULIÁN. Cálmate, Águeda. Cuéntame cuándo y cómo se te ha ocurrido esa idea.

ÁGUEDA. ¡Oh! ¡Ya hace tiempo que la tengo aquí! Se me presentó cuando vi por

primera vez a Luis. Yo tenía entonces catorce años; él, nueve. ¡Estaba tan contenta con tener un hermano, a quien no conocía! Jugábamos, y me asombraba su mala intención. Cuando podía, me pellizcaba, me arañaba... ¡Tenía una crueldad con los pájaros...! Recuerdo que a un gorrión le cortó las patas.

DON JULIÁN. Crueldad de niño.

ÁGUEDA. No, era mayor. Volvieron a traerle de Madrid, cuatro años después, y en aquella época me di cuenta de que mi hermano no era como los otros niños... Si se le contrariaba, le daban accidentes... mentía sin saber por qué... Le llamaron a usted para que le viese, y, delante de mi madre, habló usted de enfermedades que se transmiten de padres a hijos...

DON JULIÁN. ¿Y tú lo oíste?

ÁGUEDA. Sí.

DON JULIÁN. ¿Y te fijaste en mis palabras?

ÁGUEDA. ¡Oh! ¡Cuánto me han hecho sufrir, Dios mío! De noche, sola, sin el amparo de mi madre, ya muerta, veía sombras que se echaban sobre mí y dos alas negras a la cabecera de mi cama. Unas veces, aquellas alas oscuras me arrastraban por las nubes y me paseaban por encima de tierras negras, de lagos, también negros, con olas turbias e intranquilas. Otras veces, en medio de las tinieblas, veía una luz blanca, muy blanca, y en medio de aquella luz se dibujaba una figura, la de mi madre, y me sonreía dulcemente y me llevaba en sus brazos a ver regiones llenas de luz y de flores.

DON JULIÁN. Tu imaginación estaba excitada por la soledad... ¿Y ahora, te pasa algo parecido?

ÁGUEDA. También. De noche me despierto con sobresalto y veo caras que me contemplan y siento que algo me acecha y me espía... Salgo al balcón de mi cuarto y veo la fábrica con sus ventanas iluminadas, ojos inyectados, de fiera, que buscan una presa en las negruras de la noche. Y luego veo el río a la luz de la luna y me turba, y contemplo el cielo estrellado, y el corazón me palpita con fuerza ante un peligro que no comprendo.

DON JULIÁN. ¿No puedes dominar esas impresiones?



ÁGUEDA. No. Las domino a veces por un esfuerzo de voluntad, pero vuelven a renacer. Ahora mismo, cualquier cosa se me figura que puede tener influencia en mi vida; una estrella que corre, una luz que se apaga. Lucho contra todas esas ideas; pero temo, ahora más que nunca, quedar vencida, y que, en un momento de terror, me envuelvan completamente esas alas negras.

DON JULIÁN. No, Águeda, no.

ÁGUEDA. Muchas veces se me ocurre pensar que sería mejor, mejor que vivir en esta lucha de esa sombra, que me atrae, y la voluntad, que me detiene, entregarme con los ojos cerrados y vagar, vagar y vagar por esos espacios infinitos.

DON JULIÁN. No, Águeda. Sé fuerte. Ten voluntad.

ÁGUEDA (*Cambiando de voz.*) Gracias, don Julián. Estoy más tranquila.

DON JULIÁN. ¿Por qué?

ÁGUEDA. Antes tenía la duda. Ahora tengo la certidumbre. (*Va hacia la puerta.*)

DON JULIÁN. ¡Águeda, por Dios! ¡Óyeme!

ÁGUEDA. Hasta luego, don Julián.

Sale Águeda por la puerta que da a la escalera, y al mismo tiempo, Mariano, que ha oído la conversación, entra en el cuarto, completamente desenchajado.

DON JULIÁN. ¿Ha oído usted?

MARIANO. Sí. Es espantoso. Ha ocultado una vida llena de terror con su sonrisa. Tanta energía y tanta bondad. (*Se pasea por el cuarto.*)

DON JULIÁN. Sí, es extraño. También la bondad es una fuerza.

MARIANO. ¿Y qué se hace...? ¿Usted cree que está enferma?

DON JULIÁN. No sé. Quizá ese mal no exista más que en su imaginación.

MARIANO. ¡Oh! Pero eso ha sido bastante para que haya pasado noches y noches

horrorosas, estremecida de terror.

DON JULIÁN. Sí. Es verdad, es verdad.

MARIANO. ¡Ah...! ¡La niña tímida! Y vivía con el corazón herido y sus ojos medían el abismo de la locura, y, sin embargo, sonreía y bromeaba... ¡Las almas blancas...! ¡Las almas blancas, qué lecciones nos dan a los hombres!

Mariano se pasea, pensativo, por el cuarto. Don Julián, sentado en el sillón, está también meditabundo.

DON JULIÁN. Águeda ha despertado en mí un antiguo proyecto que, si se llevara a cabo, podría ser muy beneficioso para ella y para el pueblo.

MARIANO. ¿Qué proyecto es ése?

DON JULIÁN. Cerrar la destilería y hacer en ella un asilo para los obreros inutilizados y enfermos.

MARIANO. ¿Y qué se conseguía con eso?

DON JULIÁN. Quizá mucho. Águeda ha identificado en absoluto el origen de la enfermedad de su familia con la fábrica. La idea del asilo es suya.

MARIANO. ¡Ah...! ¿Es suya?

DON JULIÁN. Sí. Sería hermoso trabajar para convertir esa casa de la muerte en asilo para los enfermos.

MARIANO. Las deudas de la fábrica ascenderán a mucho.

DON JULIÁN. No sé. Si usted quiere, las veremos.

MARIANO. ¿Usted cree, don Julián, que Águeda olvidaría sus preocupaciones si cerráramos la fábrica?

DON JULIÁN. Yo creo que sí.

MARIANO. Háblela usted. Si usted ve que esa idea influye en ella ventajosamente, si ve usted que la anima, dígamelo usted, y entonces, fortuna, trabajo, todo lo pondré para la realización de ese proyecto.

DON JULIÁN. Le hablaré, Mariano. Y si usted está dispuesto a todo, a todo estoy dispuesto yo también. ¿Se va usted?

MARIANO. Sí. Cuando pase por el despacho llevaré el último de los libros de la destilería, y haré el balance de las deudas en casa.

Por la tarde. En la sala de respeto de la casa de Aizgorri, un salón grande y rectangular, alto de techo. Dos balcones, muy anchos, se abren en uno de los testeros que da a la fachada; de las dos paredes largas, que tienen más de un metro de espesor, una da hacia el interior; la otra está agujereada por tres ventanas. Las maderas de los balcones son de roble, con ensambladuras y adornos de talla en los dinteles y en las jambas.

Entra la luz fría del Norte por los dos balcones, cuyo saliente corre a lo largo de la fachada, negra y carcomida, de la casa de Aizgorri, adornada en el frontis por un enorme escudo.

En la sala, las paredes están cubiertas hasta la altura de un hombre, con un zócalo de nogal, que, en los sitios donde falta, está sustituido con papel oscuro, despegado en unos sitios y roto en otros.

En la parte alta de las paredes, pintadas de gris, se ven grandes manchones de la humedad; el techo, se halla cruzado por largas vigas, negras, torcidas y apolilladas, que se destacan en un fondo azul de Prusia, lleno de manchas blancas en los sitios descascarillados, claras y brillantes como las estrellas de los cielos, espléndidamente azules, de los nacimientos de juguete.

De la viga del centro pende una araña con sus prismas colgantes de cristal, fríos, tristes como estalactitas de agua helada, que apenas descomponen, irisándose, la luz débil que viene de los dos balcones abiertos de la sala.

El ambiente que llena la estancia es algo opaco; parece un líquido tenue, en el cual nadan los objetos, como en otoño las hojas caídas en las aguas tranquilas y frías de un estanque.

Es un ambiente triste, un aire de vetustez y de ruina, algo señorial y al mismo tiempo campesino.

El suelo es de anchas tablas, alabeadas, de nogal negruzco, frotado con cera rojiza; despiden un olor de mastranzo, que da idea de algo sensual, y en su fondo, que brilla, se reflejan turbiamente, con cierto misterio, los muebles de la sala.

Sobre el piso de nogal hay varios retratos, en hilera, y entre uno y otro cuadro, espejos pequeños, biselados, como los que adornan las sacristías de las catedrales, casi todos rotos, con el marco negro, lleno de abalorios; algunos, de una luna tan clara y transparente, que, al reflejar los objetos, los impregnan de algo, como una vibración dolorosa.

Entre los dos balcones se ve un cuadro grande: es el retrato del fundador de la casa, Machín de Aizgorri, un caballero cubierto con una armadura repujada. Tallado en el marco y pintado después, se ve el escudo de Machín, el cual es de dos cuarteles:

uno que consiste en un monte rojo, crestado en cinco pisos, sobre gules, correspondiendo a cada pico un lucero de oro, y el otro, en que aparecen, en primer término, dos lobos rampantes, de cuya boca cuelgan dos manos, y en el fondo, un roble en campo de azur.

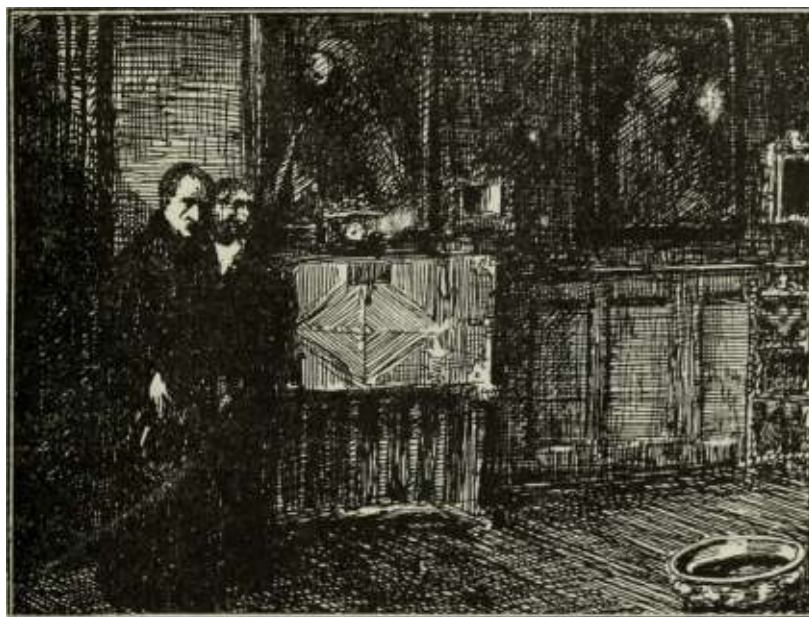
Los demás retratos son de una abadesa, de un obispo, de varios militares emparentados con la familia; todos con sus nombres y sus escudos.

Un par de bargueños, dos arcas talladas, de las cuales una de ellas es, al mismo tiempo, banco, y cuyo respaldo termina en la parte alta en dos escudos, un canapé rococó de madera dorada, de tela de seda, hecha con franjas verdes y azules, muy ajadas, y una porción de sillas de la misma clase, ennegrecidas y descascarilladas, a lo largo de las paredes, constituyen el mueblaje.

En medio de la sala, un brasero en forma de copa, resto de esplendores pasados, se sostiene en un pie formado por tres garras de águila, que oprimen unas bolas.

Entran en la sala el vicario y el alcalde. El vicario es hombre alto, delgado, de nariz larga, que parece que está siempre olfateando algo, ojos de un gris azulado, cuarenta y cinco a cincuenta años de edad.

El alcalde es pesado, grasiento, barbudo, tímido y con cara aniñada, a pesar de sus cuarenta y tantos años. Esperan los dos en la sala.



EL VICARIO. ¿Y esos señores?

EL ALCALDE. Se han quedado en el jardín. El francés quiere hacer un croquis de las inmediaciones de la casa.

Entran don Julián y Mariano y saludan al vicario y al alcalde.

EL VICARIO (*A don Julián.*) Aquí traigo, a remolque, al alcalde. Díaz y un señor

extranjero han venido también con nosotros. Se han quedado en el jardín. En confianza: Díaz está muy pesadoso de haber dejado la casa precisamente en momentos como los actuales; le trataron con mucha dureza, pero si se le necesita, está dispuesto a volver.

MARIANO. Dígame usted que no se le necesita.

EL VICARIO (*A don Julián.*) Porque ahora que hay que arreglar las cuentas...

MARIANO. No, no.

EL VICARIO (*A don Julián.*) Díaz tendrá sus defectos, pero es un buen muchacho, trabajador, religioso...

MARIANO. Muy trabajador y muy religioso; pero eso no le impide el volver locos a mis obreros, inculcándoles el santo odio al burgués y excitándoles a que me hagan una mala pasada.

EL VICARIO. Nada sé de eso. Él cumple sus preceptos de cristiano. Ahora, las intenciones, Dios sólo las ve.

MARIANO. ¡Oh! Las ve cualquiera. Afortunadamente, su maquiavelismo es bastante infantil.

EL VICARIO (*Siempre dirigiéndose a don Julián.*) ¿Y qué le ha pasado a don Lucio de nuevo? Un ataque a la cabeza, según me han dicho.

DON JULIÁN. Sí, efectivamente. Una hemorragia cerebral.

EL VICARIO. ¡Caramba, caramba! Una cosa grave, ¿verdad?

DON JULIÁN. Tan grave, que no espero que se cure.

EL VICARIO (*Hipócritamente.*) ¡Qué desgracia, señor! ¡Un hombre tan bueno!

EL ALCALDE. ¿Bueno? (*Le da un ataque simulado de tos.*) Sí..., es verdad.

EL VICARIO. Según me han dicho ha perdido el habla.

DON JULIÁN. Completamente.

EL VICARIO. Entonces, ¡claro!, no podrá disponer nada.

DON JULIÁN. Es natural.

EL VICARIO (*Al oír ruido de pasos en la escalera, a don Julián.*) Deben ser Díaz y ese señor francés.

Se abre la puerta, y aparecen Díaz y un tipo muy elegante, con melena negra, bigotes rizados, traje claro y una flor en el ojal de la americana. Se levantan todos.

EL VICARIO (*Señalando sucesivamente al francés, a don Julián y a Mariano.*) El señor Alfort..., el doctor Aróstegui, don Mariano Unzueta...

Se saludan los tres.

EL VICARIO. Este caballero (*Volviendo a indicar al francés*) había venido a Arbea con el objeto de hacer proposiciones a don Lucio. Ha sabido en el pueblo que está

enfermo, y quiere hablar con los hijos.

DON JULIÁN. ¿Ahora?

EL FRANCÉS (M. ALFORT). No; ahora, no.

DON JULIÁN. Pero siéntense. (*Se van sentando todos.*) Hoy están impresionados con el nuevo accidente de don Lucio.

ALFORT. ¡Oh! Comprendido... Yo no quería más que ofrecerme a ellos, por si les podía ser necesario en algo.

DON JULIÁN. Gracias, muchas gracias.

ALFORT. ¿Y qué es lo que le ha ocurrido de nuevo al enfermo?

DON JULIÁN. Una hemorragia cerebral.

El francés tuerce graciosamente la cabeza, dando a entender, por su sonrisa, que no le haría ninguna gracia tener una hemorragia cerebral.

A esto sigue un largo momento de silencio.

EL ALCALDE. Óigame usted, doctor. ¿Es verdad que los que tienen el cuello corto están predispuestos a esos ataques?

DON JULIÁN. Algo hay de cierto en eso.

EL VICARIO. Nuestro alcalde tiene miedo a esos ataques.

EL ALCALDE. Pues se equivoca usted de medio a medio. Ya ve usted. Yo le pido a Dios que me mate de repente.

EL VICARIO. No diga usted disparates.

EL ALCALDE. ¿Por qué? Si se muere uno de repente, pues, ya se ve, no sufre, y yo lo que quiero es eso, no sufrir.

ALFORT (*A Mariano.*) Es un verdadero epicúreo este señor. (*Mariano asiente con la cabeza.*)

EL ALCALDE. Además, eso de tener el cuello corto o no, yo creo que es una tontería. Ya ven ustedes, don Lucio no tenía el cuello muy corto...

EL VICARIO. Deje usted eso, por Dios. (*A don Julián.*) ¿Y qué van a hacer esos muchachos? ¿Quién se va a encargar de la fábrica?

DON JULIÁN. No sé. Si por mí fuera, la cerraría...

EL VICARIO. ¡Cerrar la fábrica!

ALFORT (*Sorprendido.*) *Épatant!*

DÍAZ. Perdone usted que le conteste, don Julián; pero creo que cerrar la fábrica sería quitar los medios de vivir el pueblo.

EL ALCALDE. Sí, sí, es indudable. Cerrar la fábrica es perder al pueblo.

DON JULIÁN. Yo, en cambio, creo que es salvarlo.

EL VICARIO. ¡Más de cien familias en la miseria!

EL ALCALDE. El movimiento del pueblo desaparecería.



DON JULIÁN. Sí..., no lo dudo. Pero, a cambio de esto, ¡cuántos beneficios...! Porque, hay que convencerse, la destilería está envenenando toda esta comarca. No hay más que borrachos y alcoholizados por todas partes.

EL VICARIO. Sí, será verdad; pero, mientras tanto, ¿qué van a hacer esos obreros y sus familias?

EL ALCALDE. Sí. ¿Qué van a hacer?

MARIANO. ¿No hay un proyecto de subida de aguas al pueblo? ¿No tiene Arbea dinero bastante para llevarlo a cabo?

EL ALCALDE. Sí, es verdad. Pero los propietarios no quieren ponerse de acuerdo con el Ayuntamiento, y todas son molestias.

MARIANO. Un cargo como el de usted tiene que originar molestias. Es cosa sabida.

EL ALCALDE. No lo decía, precisamente, por eso. Pero crea usted que, después de todo, perderá el pueblo; porque un pueblo se sostiene con la industria..., con el comercio..., la agricultura... Se le quita una cosa de éstas y... (*Mira azorado a todos.*)

EL VICARIO. ¿Y qué? Concluya usted, hombre.

EL ALCALDE. Se me ha perdido la especie... Deje usted que recuerde lo que iba a decir.

EL VICARIO. No vale la pena. (*A don Julián.*) ¿De manera que Águeda tiene el pensamiento de cerrar la fábrica?

DON JULIÁN. No. Es una opinión mía, nada más.

EL VICARIO. ¡Ah...!, vamos.

EL ALCALDE. Sí. Es una opinión, nada más.

ALFORT. En el caso de que la fábrica continuara, yo, por mi parte, no tendría inconveniente en abrir un nuevo crédito en obsequio a las circunstancias... He suministrado género a esta casa, y tengo que cobrar de ella veinte mil pesetas; pero, sin embargo...

Se abre bruscamente la puerta y aparece Águeda en el umbral.



ÁGUEDA. ¡Don Julián! ¡Don Julián! Venga usted. Está con otro ataque. No le puedo sujetar.

Se levantan todos.

DON JULIÁN. Voy. (A Mariano.) Venga usted también. (*Salen los dos.*)

DÍAZ. ¡Qué hermosa está!

ALFORT (*Llevando a Díaz al hueco del balcón y en voz baja.*) ¡Ah...! ¡Ah!, mi amigo. Estáis enamorado de la pequeña, ¿eh...? Mí ve... es bella. Pero a las mujeres, mi amigo, no hay que tomarlas en serio.

DÍAZ. ¿Quién le ha dicho a usted eso?

ALFORT. ¿Qué?

DÍAZ. Que estoy enamorado.

ALFORT. ¡Oh! He sido yo el que lo ha notado. ¿Quién es ese señor, viejo, que quiere cerrar la fábrica?

DÍAZ. Es el médico, un antiguo amigo de la casa.

ALFORT. ¿Y el otro?

DÍAZ. Es el dueño de una fundición, en el pueblo de al lado.

ALFORT. Me parece que ése es un espíritu fuerte.

DÍAZ. ¡Bah!

El alcalde y el vicario contemplando los retratos.

EL ALCALDE. ¿Qué edad dice usted que tenía?

EL VICARIO. ¿Quién?

EL ALCALDE. Don Lucio.

EL VICARIO. Habla usted como si hubiera muerto... Tiene cincuenta años.

EL ALCALDE. No puede ser. Debía tener más.

EL VICARIO. Como usted quiera. He visto su edad en la partida de bautismo.

EL ALCALDE. Pues estaba muy avejentado.

EL VICARIO. Está, hombre, está.

El alcalde se pone a examinar con atención la sillería, los demás muebles y cuadros.

ALFORT (*A Díaz.*) Yo creo que si el médico y el fundidor se empeñan, no vamos a poder realizar el negocio.

DÍAZ. ¡Ah! Lo veremos.

ALFORT. Sería una lástima. La fábrica y los almacenes valen doscientos mil francos.

DÍAZ. Sin disputa.

ALFORT. Mañana vendré a ver la destilería. Tendrán aparatos viejos, alambiques...

DÍAZ. No, no lo crea usted. Aparatos nuevos, de Savalle, perfeccionados por don Lucio.

ALFORT (*Con ironía.*) ¡Oh...! Perfeccionados.

DÍAZ. Sí, perfeccionados. Como usted lo oye. El amo de esta fábrica ha sido hombre de gran inteligencia. A ver qué fábrica hay que, ocupando tan poco sitio como ésta, pueda destilar mil quinientos litros por día.

ALFORT. ¿Mil quinientos?

DÍAZ. Mil quinientos.

ALFORT. ¿Y fabrican sólo espíritu de vino?

DÍAZ. No; se destila también alcohol de patata, de remolacha, de maíz. Últimamente hicimos pruebas para obtener alcohol de madera y nos dio un buen resultado.

ALFORT. ¡Oh! Pero es caro.

DÍAZ. ¡Caro!

ALFORT. Sí, porque se necesita hacer fermentar los jugos azucarados con levadura de cerveza.

DÍAZ. Hay otros procedimientos, como usted sabe muy bien.

ALFORT. Sí, dejando que el jugo fermente solo.

DÍAZ. O ayudando la fermentación con el ácido sulfúrico.

ALFORT (*Sonríe.*) ¡Ah...! ¡Ah...!

DÍAZ. Ustedes también lo emplean.

ALFORT. ¡Oh! No, no. Es un veneno.

DÍAZ. ¡Bah! Poco veneno, no mata. (*Siguen hablando.*)

EL ALCALDE. Y a usted, ¿qué le parece? Yo creo que todo esto se lo lleva la trampa, ¿verdad?

EL VICARIO. Es posible.

EL ALCALDE. Si entre todos pudieran salvar la fábrica, sería un gran beneficio para el pueblo.

EL VICARIO. Ya se ve que no ha estudiado usted en los jesuitas.

EL ALCALDE. ¿Por qué?

EL VICARIO. Por nada, hombre, por nada. (*Con ironía.*) Porque es usted demasiado prudente.

El vicario se acerca a Díaz y a Alfort.

EL VICARIO. Voy a ver qué pasa. En seguida vuelvo.

Alfort y Díaz se inclinan. El alcalde se pasea aburrido por la sala...

ALFORT. Dispense usted, señor, pero creo que está usted equivocado.

DÍAZ. ¡Bah! Si he analizado eso. La sacarina sustituye al azúcar en to dos los jarabes que nos envía la Maison-Fortin.

ALFORT. Pues yo le digo que esa casa de París, a la que tengo el honor de representar en España, no manda productos falsificados.

DÍAZ. Eso es fácil de comprobar.

ALFORT. No diré yo que algo...

DÍAZ. Algo, no. Todo.

ALFORT. Además, la sacarina endulza quinientas veces más que el azúcar, y se disuelve perfectamente en el alcohol.

DÍAZ. Sí, pero es un veneno.

ALFORT. ¡Ah! *Monsieur*, usted lo ha dicho. (*Sonriendo y dándole una palmada en el hombro.*) Poco veneno, no mata.

DÍAZ. Me ha cogido usted la palabra.

Alfort se ríe de una manera afectada y presuntuosa.

DÍAZ. Con los procedimientos que se usan en la casa, puede dar la fábrica, ahora, al principio, de diez a doce mil duros al año.

ALFORT. No es poco.

DÍAZ. Por veinticinco mil, contando el crédito, se queda usted con la casa, ayudándole yo, por supuesto.

ALFORT. ¿Desinteresadamente?

DÍAZ. Ya se lo he dicho. El sueldo y un veinte por ciento de las utilidades.

ALFORT. Farceur.

DÍAZ. Se lo digo en serio.

ALFORT. ¡Oh, no! Es mucho.

DÍAZ. ¡Qué va a ser!

ALFORT. Pschut. El alcalde se acerca.

EL ALCALDE. ¿Qué les parecen a ustedes estos muebles? He oído decir que tienen algún mérito.

ALFORT (*Incomodado.*) No comprendo nada de eso.

El alcalde sigue mirándolo todo.

ALFORT (*Con desprecio.*) ¿Qué hace este señor?

DÍAZ. Pensará comprar los muebles si se deshace la casa.

Entran el vicario y Mariano. Alfort se acerca presurosamente a ellos.

ALFORT. ¿Pasa algo grave?

MARIANO. Un nuevo ataque.

Sigue un largo momento de silencio embarazoso.

EL VICARIO. Yo tengo que ir a la iglesia. (*Al alcalde, al francés y a Díaz.*) ¿Vienen ustedes, señores?

ALFORT. Sí.

Salen todos, después de saludar ceremoniosa y fríamente a Mariano, que queda solo.

MARIANO. Van después de olfatear la presa. Ahora empezará la lucha. Veremos quién vence. (*Se pasea por el cuarto.*) Águeda lo quiere. Antes de ser mía, exige que esta fábrica se cierre. Lo quiere. Eso basta. (*Se detiene a contemplar el retrato que se halla sobre el sitial.*) Aquí está el fundador, Machín de Aizgorri, el guerrero que sembró el espanto en toda Guipúzcoa. ¡Pobre hombre! ¡Cómo degeneró tu casta! Al cabo de cientos de años, la savia enérgica de los Aizgorris no produce más que plantas enfermas y venenosas.

Pero entre su floración malsana hay un lirio blanco y puro, y ése yo lo arrancaré de la casa de Aizgorri, y lo llevaré donde hay sol y alegría, y amor. Sí, Machín; no me importa ese gesto adusto ni ese ademán altivo. Tu nieta, descendiente de los más nobles hidalgos, será la mujer de un fundidor, hijo de ferrones. Sí, lo será, lo será.



En el zaguán, Mariano desata su caballo, atado por la brida a una herradura clavada en la pared; sale a la carretera y monta en la silla, y al trote largo se pierde pronto de vista en la carretera enlodada y amarillenta, en el ambiente húmedo y opaco, al caer de la tarde, bajo un cielo sucio y agrisado.

Pocas horas después; en el cuarto de don Lucio. El Fuego se va consumiendo en el brasero, una chispa brilla en la oscuridad, sobre la ceniza, como el ojo inyectado de una fiera. Está anocheciendo, y las sombras se han apoderado de los rincones del cuarto. Una candileja, colocada sobre la cómoda, alumbrá, de un modo mortecino, la estancia. Se oye cómo caen y se hunden en el silencio del crepúsculo las campanadas del Ángelus.

Desde la ventana se perciben, a lo lejos, rumores confusos de dulce y campesina sinfonía, el tañido de las esquilas de los rebaños que vuelven al pueblo, el murmullo del río, que cuenta a la noche su eterna y monótona queja, y la nota melancólica que modula un sapo en su flauta, nota cristalina que cruza el aire silencioso y desaparece como una estrella errante. En el cielo, de un azul negro intenso, brilla Júpiter con su luz blanca.

LUIS (*Asomado a la ventana, hablando mentalmente.*) Estoy, estoy decidido. ¡Qué casa más horriblemente triste! Y pensar que ahora, allá, en Madrid, se apretará la gente en las calles, llenas de luz y de ruido, y que yo estoy aquí, enfrente de esos montes, enfrente de este anochecer interminable... Me parece que oigo gritos. Voy de un lado a otro, acosado por el miedo... Esos retratos de la sala me miraban... Yo me voy, yo me voy de aquí. ¡Si papá hubiese dejado algún dinero en el cajón! (*Se acerca a la mesa.*) Aquí lo guardaba. ¿Estará cerrado? (*Aprieta por bajo el cajón, que se abre, y lo registra*) ¡Ah! ¡Un billete de veinte duros...! Me salvé. Y la diligencia no ha pasado todavía.

Se guarda el dinero en el bolsillo y comienza a pasearse por el cuarto.

LUIS. Si voy a la plaza, a tomar la diligencia, me verán, me preguntarán qué sucede. Subiré al coche cuando pase por aquí. (*Se oyen pasos.*) ¿Quién será...? Mi hermana.

Águeda entra y deja una taza sobre la cómoda.

ÁGUEDA (*En voz baja.*) ¿Estabas aquí?

LUIS. Ya ves... ¿Y papá?

ÁGUEDA. ¡Mal! Pasa a verle.

LUIS. No; pasaré después. ¿Tú crees que se encuentra grave?

ÁGUEDA. Sí, muy grave.

LUIS. ¿Crees... que se morirá pronto?



ÁGUEDA. ¡Qué preguntas...! Parece mentira que digas eso... ¿Qué hacías aquí vestido para salir?

LUIS. Iba a dar una vuelta.

ÁGUEDA. ¡A esta hora!

LUIS (*Encogiéndose de hombros.*) Una ocurrencia.

ÁGUEDA. ¡Pero, si está lloviendo!

LUIS. ¡Psch! ¿Qué importa?

ÁGUEDA. No. Tú tramas algún proyecto. Lo has estado pensando toda la tarde, y ahora lo quieres realizar. Di. ¿Qué vas a hacer?

LUIS. Yo... nada.

ÁGUEDA. Si no lo puedes negar... Te conozco... estás tembloroso. ¿Qué piensas?

LUIS. Te digo que nada.

ÁGUEDA. No me lo quieres decir. Bien.

Águeda se sienta. Luis comienza a pasear por el cuarto.

LUIS. ¿Qué hora es?

ÁGUEDA. Van a dar las nueve.

LUIS (*Con voz interior.*) Es la hora. (*Alto.*) Voy a salir.

ÁGUEDA. Pero, ¿a qué vas a salir?

LUIS. Ya te he dicho que a dar una vuelta.

ÁGUEDA. ¡Ah...! no me engañas. He oído que antes preguntabas a Melchora cuándo salía el coche correo, y empiezo a comprender el porqué de la pregunta.

LUIS. Pues bien. Si lo comprendes, mejor. ¡Ea! Quiero marcharme.

ÁGUEDA (*Que ha querido sacar con una suposición la verdad, llena de asombro.*) ¿Marcharte? Pero, ¿adónde?



LUIS. A casa del tío Rafael.

ÁGUEDA. ¿A Madrid? ¿Y me vas a dejar sola? ¡Oh! No harás tal cosa. Piensa en que papá está enfermo de gravedad, en que podría suceder que esta misma noche...

LUIS. Por eso... por eso mismo... no quiero quedarme.

ÁGUEDA. Pero la tuya es una cobardía horrible...

LUIS (*Encogiéndose de hombros.*) Lo será; no lo niego.

ÁGUEDA. ¿Qué va a decir todo el mundo de ti?

LUIS. Que digan lo que quieran.

ÁGUEDA. El mismo tío Rafael te afeará tu conducta y te despreciará, y no va a querer tenerte en su casa... Piensa, Luis, piensa.

LUIS. Al tío Rafael le contaré una mentira.

ÁGUEDA. Pero, Luis, por Dios, ya irás a Madrid; pero, espera, aunque no sea más que un mes.

LUIS. No..., no.

ÁGUEDA. Una semana.

LUIS. Que no; te digo que no.

ÁGUEDA. Un día, Luis, aunque no sea más que un día.

LUIS. Ni un minuto. ¿No ves que tengo miedo, un miedo terrible de estar en esta casa, que estoy temblando con la idea de pasar aquí la noche?

ÁGUEDA. Yo también tengo miedo, ¿sabes?, yo también. Quédate a mi lado, y juntos estaremos más tranquilos.

Se oye ruido de campanillas a lo lejos.

LUIS. Déjame marchar, Águeda. (*Solloza.*) Perdóname, y deja que me marche. Si no, me voy a morir aquí. ¿Me dejas?

ÁGUEDA. Vete.

Luis va rápidamente hacia la puerta; luego se vuelve y tiende los brazos a su hermana, que le abraza y le besa.

LUIS. ¡Adiós, Águeda! (*Dice sollozando, y escapa con rapidez.*)

Águeda se sienta en el sillón, junto a la chimenea, y apoya la cabeza en la mano.



ÁGUEDA. ¡Qué vida la nuestra...! ¡Qué horrible desgracia...!

Pasea Águeda ensimismada durante algún tiempo, y sigue meditabunda hasta que ve entrar a don Julián, que llega con el traje de la calle. Melchora va delante, alumbrándole con una palmatoria.

DON JULIÁN (*En voz baja.*) Buenas noches, Águeda. ¿Cómo está tu padre ahora?

ÁGUEDA. Sigue durmiendo.

DON JULIÁN. De manera que no hay novedad.

ÁGUEDA. Sí, don Julián... Luis se marcha.

DON JULIÁN. ¿Que se marcha? ¿Adónde?

ÁGUEDA. A Madrid.

DON JULIÁN. ¡Pero, eso es una locura! ¿No sabe el estado en que se encuentra vuestro padre?

ÁGUEDA. Sí.

DON JULIÁN. Y entonces, ¿por qué le has dejado marchar?

ÁGUEDA. Hubiera sido peor que se quedara.

MELCHORA. ¡Se marcha Luis...! Jesús, María y José. ¡Qué hijos, Dios mío! ¡Qué hijos! Sí, y vendrán más desgracias. ¡Ya me lo figuraba yo! Por eso aullaron noches pasadas los perros en nuestra puerta.

DON JULIÁN. ¡Calla! No digas tonterías.

MELCHORA. Sí. Buenas tonterías... ¡Jesús, Dios mío, Jesús!

DON JULIÁN. Voy a detenerle. Eso es un disparate.

ÁGUEDA. ¡Déjele usted! Casi vale más que se marche.

DON JULIÁN. ¡Pero, por Dios! Vuestro mismo tío le va a despreciar, al saber lo que ha hecho.

ÁGUEDA. ¿Y si quedándose en casa le pasaba algo?

DON JULIÁN. ¿Pasarle? ¿Qué le va a pasar?

ÁGUEDA. ¡Quién sabe!

Don Julián mira, extrañado, a Águeda. Suena el reloj del cuco en la casa, dando las nueve. Al poco rato se oye el ruido de los cascabeles del coche que pasa por la carretera.

ÁGUEDA. Ahí va. (*Se asoma a la ventana.*) Ya se acerca el coche...; ahora se ha escondido entre los árboles. El pobre me saluda con el pañuelo. (*Águeda saca el suyo y lo agita en el aire.*) ¡Ay! Me parece que no le voy a volver a ver.

Suena nuevamente el reloj de cuco, dando las nueve, y hay un largo momento de silencio, en que Águeda, don Julián y Melchora callan, entregados, como están, a sus pensamientos.

DON JULIÁN (*Levantándose para marcharse.*) Oye, Águeda. Hoy no pensarás quedarte aquí a pasar la noche...

ÁGUEDA. ¿Por qué no?

DON JULIÁN. Porque te encuentras excitada. Le diré a la mujer de Zubiaurre que venga, y velará, con Melchora, a tu padre.

ÁGUEDA. No, no.

DON JULIÁN. Yo digo que sí. ¡No te vas a quedar sola en casa!

ÁGUEDA. No hay necesidad de molestar a nadie esta noche. Melchora y yo nos quedaremos.

DON JULIÁN. Si te empeñas... Pero no creo que te conviene velar. Podía...

ÁGUEDA (*Adivinando su pensamiento.*) Sí, podía pasar algo.

DON JULIÁN. ¿Qué ha de pasar? No te comprendo... Pero... Nada, como quieras. Yo tengo que hacer una visita en un caserío; dentro de una hora, u hora y media, estoy aquí.

ÁGUEDA. Bueno, don Julián...

El médico sale acompañado por Melchora, que le va alumbrando con la candileja. Al salir, don Julián murmura, a pesar suyo: ¿Y si pasa algo? Y siente como un presentimiento en el alma.

Queda el cuarto a oscuras. Se marca en el suelo la luz roja que sale de la alcoba del enfermo; mientras tanto, la ventana se va iluminando con la luz espectral de la luna.

ÁGUEDA (*Sola, mentalmente.*) ¡Ya ha empezado la noche...! ¿Será una noche

crítica en mi vida? ¡Quién sabe lo que pasará! (*Suenan lentas, monótonas, las campanadas del reloj de la iglesia.*) ¡Qué sonido más triste el de esa campana! Parece su voz, voz del misterio, voz de los muertos. (*Toma en la mano un medallón, que cuelga por una cadenita de su cuello, y lo besa repetidas veces.*) ¡Madre! ¡Madre! Siento que tu alma me rodea y vela por mí. ¡Oh! ¡Protégeme! Lleva algún consuelo a mi pobre cabeza trastornada.

Entra Melchora, y tras de ella Erbi, que viene sin hacer ruido al andar. Melchora va colocando sobre la mesa botellas, tazas y una maquinilla de alcohol.

MELCHORA. ¿Cerraré la ventana, Águeda?

ÁGUEDA. No; no corre ni chispa de aire. ¡Está tan hermosa la noche...! (*Se asoma a la ventana.*)

MELCHORA. Ha llovido tanto, y luego ha quedado raso.

ÁGUEDA. Voy a sentarme aquí. (*Acercas una silla a la ventana y se sienta. Melchora hace lo mismo. El perro se enrosca en el suelo.*)

ÁGUEDA. ¡Cómo brillan las estrellas!

MELCHORA. Mire su merced una allá cómo ha corrido. Alguna carta.

ÁGUEDA (*Mentalmente.*) ¡Qué silencio más completo y más triste...! Me parece sentir el aire lleno de ruidos y la soledad llena de sombras. (*Se oye cantar, a lo lejos, un zortziko*):

*Uso zuria errazu  
Nora joaten zara zu  
Espainiako portua oro  
Elurrez beteak dituzu  
Gaurko zure ostatu  
Nere etxean baduzu.*

¿Quién será el que canta...? Algún leñador que vuelve del monte... ¡Qué canción más triste...! Brota de un alma saturada de amarguras, como la mía. (*A Melchora.*) Parece que se ha tranquilizado, ¿eh?

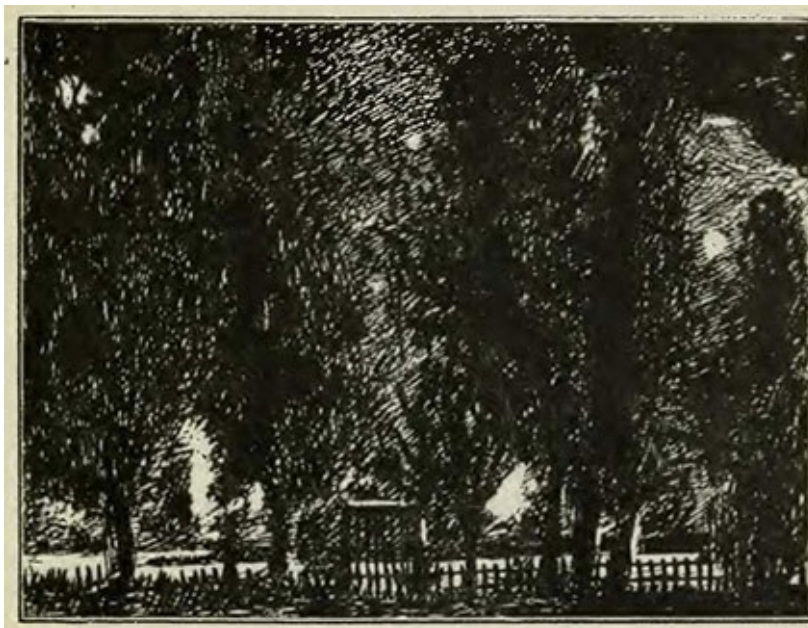
Melchora mueve la cabeza en señal de afirmación.

ÁGUEDA (*Mentalmente.*) ¿Qué resplandor será aquél que aparece entre los árboles...? ¡Ah! Es el reflejo de la luna en el agua que inunda la huerta. (*Alto.*) ¿Te duermes, Melchora?

MELCHORA. Estoy rezando.

ÁGUEDA. Se me figura que éste es uno de los paisajes de mis sueños. ¡Qué sinfonías más extrañas hace el agua de la presa en el silencio de la noche! (*Alto.*)

Oye, Melchora. ¿Qué serán aquellas luces que corren, allí, en el monte?



MELCHORA. Aquellas luces... ¡ah...! ¡ah...! ¿No sabe su merced, de veras, lo que son esas luces?

ÁGUEDA. No, no lo sé. Brillan como estrellas.

MELCHORA. Pues no son estrellas.

ÁGUEDA. Las teas de algunos pastores que buscan ovejas perdidas...

MELCHORA. Con tiempos como el de hoy no sacan el ganado al monte en los caseríos.

ÁGUEDA. Entonces, ¿qué son esas luces?

MELCHORA. Esas luces... son espíritus, almas en pena que rondan por los montes y están purgando en el mundo los males que hicieron.

ÁGUEDA. ¿Crees tú?

MELCHORA. No es que lo crea yo. Muchos mozos del pueblo han querido acercarse a esas luces, que escapan como el viento.

ÁGUEDA. Y esto, ¿es mala señal el verlo?

MELCHORA (*Moviendo la cabeza.*) La verdad, no me gusta... Estos días los perros aullando en nuestra puerta... hoy esas luces...

ÁGUEDA. Y tú, Melchora, ¿tienes miedo a esas luces... a esos espíritus?

MELCHORA. Yo, no. Nunca les he hecho daño. Algunas veces me insultan, me dicen muchas cosas malas; pero yo no les contesto.

ÁGUEDA. ¿Por qué?

MELCHORA. Podrían ofenderse.

ÁGUEDA (*Mentalmente.*) ¡Cómo me atraen sus palabras! Siento esas alas negras de mis sueños, que vienen a acariciarme.

VOZ LEJANA. ¡Ama! ¡Ama...!

MELCHORA. ¿Ha llamado? (*Erbi levanta la cabeza y estira las orejas.*)

ÁGUEDA. No, debe ser el viento. Es el viento. Y di, ¿yo tengo que temer algo de esos espíritus?

MELCHORA. No, no. ¿Por qué?

ÁGUEDA. ¡Ah...! Dices eso poco convencida. (*Se ríe con una risa nerviosa, de terror.*) Di, dime francamente, ¿qué debo temer?

MELCHORA. ¡Ah...! Eso no lo sé; pero, créame su merced, hay alguna mujer que ha hecho mal de ojo a su familia.

ÁGUEDA. ¡Una mujer! ¿Quién?

MELCHORA. ¡Ah...! Tampoco lo sé. Sólo los inocentes saben esas cosas.

ÁGUEDA. ¿Los locos?

MELCHORA. Sí, los inocentes son como los niños, y los niños saben muchos misterios que nosotros no conocemos, hasta después de morir. Sí, ellos, ellos. ¿No ha visto a las criaturas cómo sonrían, en la cuna, mirando al cielo? Es porque las vírgenes y los santos se les aparecen y les hablan, y ellos ríen dulcemente, porque comprenden el lenguaje de Dios, de cuando eran ángeles.

ÁGUEDA. Y, oye... ¿El mal de ojo no se puede curar?

MELCHORA. ¿Quién sabe!

ÁGUEDA. ¿No se curó la mujer del caserío Goizueta?

MELCHORA. Sí, es verdad. Pero, ¿cómo le curó la abuela de Sorozarra? Haciendo pasar el mal de la madre al hijo. Por eso el niño murió tan pronto.

ÁGUEDA. Sí. Es verdad.

MELCHORA. El mismo día que fue la abuela, el niño, que era muy hermoso, se fue poniendo pálido, muy pálido; y cuando murió, por más esfuerzos que hicieron para cerrarle los ojos, bajándole los párpados, no pudieron conseguirlo, y un moscardón anduvo revoloteando junto a él, y nadie se atrevió a espantarlo.

ÁGUEDA (*Mentalmente.*) ¡Oh! Me parece que me voy hundiendo en el abismo de lo misterioso.

UNA VOZ LEJANA. ¡Ama...! ¡Ama...!

ÁGUEDA. Parece que han llamado.

MELCHORA. No, es el viento. (*Dejan de hablar y escuchan.*)

ÁGUEDA. ¡Melchora!

MELCHORA. ¿Qué?

ÁGUEDA. ¿Habrá alguno en la fábrica?

MELCHORA. No.

ÁGUEDA (*Señalando por la ventana*) Me ha parecido ver una luz allí.

MELCHORA. ¡Bah...! El perro de la fábrica hubiera ladrado.

ÁGUEDA. Sin embargo, yo he visto una luz junto al dique.

MELCHORA. No puede ser.

Se callan las dos durante largo tiempo. Óyense, a lo lejos, los aullidos de un perro. Águeda y Melchora se miran y tiemblan. Erbi ladra furioso.

MELCHORA (*Se levanta asustada.*) ¡Allí...! ¡Allí!

ÁGUEDA. ¿Qué hay?

MELCHORA. Allí (*Señalando desde la ventana*) ha pasado una sombra blanca.

ÁGUEDA. Calla, mujer; si es el manzano en flor que está junto a la alberca.

MELCHORA. Es verdad. Es verdad. (*Cesan los aullidos. Erbi gruñe sordamente.*) ¡Gracias a Dios! No sabe usted lo que me asustaría ver una sombra. Y ahora más.

ÁGUEDA. ¿Por qué?

MELCHORA. Mi madre me contaba que, una noche, en el bosque de nuestro caserío, vio, a la luz de la luna, la sombra de un hombre que se parecía a su padre, una sombra blanca, muy blanca, que cortaba leña con un hacha. Al otro día su padre, que era leñador, murió de repente.

ÁGUEDA. ¡Qué extraño!

MELCHORA. No, eso pasa siempre. Cuando un hombre se va a morir su espíritu se escapa de su cuerpo y se aparece en el campo y en las casas.

Se oyen nuevamente los aullidos del perro de la fábrica. Erbi se acerca a la alcoba, y, con el hocico levantado, aúlla de un modo lastimero. Águeda se asoma a la ventana y mira varias veces a todos lados. Después, agarrando a Melchora por el brazo, señala en la huerta, en dirección al río.

ÁGUEDA. Melchora..., tienes razón. Allí hay alguno.

MELCHORA. Una sombra..., una sombra...

ÁGUEDA. Y el perro aúlla.

Miran las dos, desde la ventana, la sombra, que pasa lenta, muy lentamente.

VOZ LEJANA. ¡Ama...! ¡Ama...!

ÁGUEDA. Ahora sí que te ha llamado.

VOZ LEJANA. ¡Ama...! ¡Ama...!



MELCHORA (*Se levanta y entra en el cuarto.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Vuelve a salir y huye despavorida.*)

Águeda se asoma a la puerta de la alcoba y mira, y al darse cuenta de que la Muerte ha pasado por allí, cierra los ojos y espera algo, algo que va a caer sobre su alma, a hundirla para siempre en el abismo de la locura. Y Águeda nota que retozan en su alma las sonrisas de las fantasías enfermas, las largas y vibrantes carcajadas; pero, de pronto, un impulso enérgico le dice que su razón no vacila, y ante lo inexplicable y ante la muerte, su espíritu se recoge y se siente con energía, y victoriosa de sus terrores, entra con lentitud en la alcoba de su padre, se arrodilla junto a la cama y reza largo tiempo por el alma del muerto.



El comedor de la posada principal de Argoitia. En el centro hay una mesa cubierta con hule blanco, y a los lados de ésta, dos veladores. El cuarto se halla iluminado por dos quinqués de petróleo, que cuelgan del techo. Comunica, por una puerta, con la taberna. En el extremo de la mesa central juegan al mus: Martínez, el cabo de la guardia civil, hombre bigotudo, de aspecto terrible; el dueño de la posada, que es, al mismo tiempo, panadero, que espera la subida de la masa, en camiseta, con los brazos al aire, y calculando el tiempo que pasa por las partidas que juega, y otros dos, con tipo de labradores acomodados.

Al extremo de la mesa están: un belga, alto y rubio, que masca tabaco, escupiendo continuamente, y bebe una mezcla de cerveza y de aguardiente de caña; dos capataces de la fundición de Mariano; Garraiz, un obrero joven, y Galo, su cuñado, labrador y sacristán del pueblo.

En una de las dos mesas pequeñas, que están junto a la ventana, se encuentran el confitero y el secretario del Ayuntamiento, dos compadres de buen humor, que se pasan la vida cantando juntos. En la misma mesa donde están tomando café, tienen el uno su guitarra y el otro la flauta.

En la taberna, en donde se hallan reunidos los fundidores de la fábrica de Mariano y algunos mineros, se oye una baraúnda de voces ensordecedora.



EL CONFITERO (*A los jugadores.*) ¿Quién gana?

EL PANADERO. Yo no sé qué tienen que discutir tanto. Si quieren declararse en huelga, que lo hagan, pero que no fastidien. ¿Han visto ustedes a Díaz? Está ahí.

MARTÍNEZ. Sí, ya lo he visto.

EL CONFITERO. Ése, quizá sabría cómo se han hundido las cuevas en la destilería.

MARTÍNEZ. ¡Valiente granuja! ¡Si le cogiera por mi cuenta...!

EL CONFITERO. ¿Han visto ustedes cómo miraba esta mañana a Águeda en los funerales de don Lucio, con qué descaró?

Entra Díaz y, sin saludar a nadie, se acerca a uno de los capataces.

DÍAZ (*Al capataz.*) Ahí están todos conformes. Usted, ¿qué decide?

EL CAPATAZ. ¡Arrayua! ¡Qué compromiso! Usted, ¿qué decide?

DÍAZ. Bueno, usted dirá.

EL CAPATAZ. Eso es ir en contra de Mariano...

DÍAZ. No es que se vaya en contra de nadie. Los mineros también se declaran en huelga. Hay que obligarles a todos a que suban los jornales.

EL CAPATAZ. Sí, sí. Es verdad.

DÍAZ. ¿De manera que se cuenta con usted o no?

EL CAPATAZ. Bueno.

Sale Díaz, y el capataz queda pensativo.

GALO (EL SACRISTÁN) (*A Garraiz.*) Ya verás. Mañana no trabajan en la fábrica.

GARRAIZ. ¡Bah!

GALO. Tú lo verás. Y si no trabajan y dejan las obras se arruina Mariano, porque como en el contrato está puesto que tiene que concluir las máquinas para mañana...

GARRAIZ. ¡Tú qué sabes cómo está hecho el contrato!

GALO. Me lo han dicho.

GARRAIZ. ¡Qué ganas tenéis todos de hablar de cosas que no sabéis!

GALO. Pues si mañana se declaran en huelga, yo, como Mariano, para darles en la cabeza cerraba la fábrica.

GARRAIZ. ¡Tú pronto lo arreglas todo! ¿Y qué iba a hacer el patrón?

GALO. ¿Qué? Comprar tierras. Si no hubiera fábricas no pasaría, como ahora, que en este pueblo hay más castellanos y gallegos que vascongados.

GARRAIZ. ¡Con eso tú perderás mucho!

GALO. No... Pero ya te digo. Si fuera como él mandaría a paseo la fábrica y compraría una buena casa con sus buenas tierras, y a vivir.

GARRAIZ. ¡Ah...! Ése es un modo de vivir muy triste.

GALO. ¡Triste! ¿Pues qué son tus padres sino labradores? ¿Qué has sido tú hasta que te dio la ocurrencia de ir a Bilbao a entrar en un taller?

GARRAIZ. No; si yo no me creo más ahora que antes. Sólo digo que ese modo de vivir es mezquino, y más para el que está acostumbrado a otra cosa.

GALO. No sé por qué.

GARRAIZ. Sí; hombre, sí. La tierra no es leal. La trabajas, echas una buena semilla, pero no llueve, y se acabó, o llueve demasiado, o hay heladas, o pedriscos... ¡Ah! (Con desdén.) No me hables de eso.

GALO. ¿Y las máquinas, Garraiz? Son peores todavía. El pobre Domingo-chiqui podría decirlo, que allá, junto al volante grande, murió hecho pedazos.

GARRAIZ. Sí, es verdad. Las máquinas tienen sus rabias, pero ¡qué demonio! bajan la cabeza.



Yann, el belga, que masca tabaco, escucha la conversación atentamente.

GALO. Sí, sí. Mucho confiáis vosotros en vuestra sabiduría. Así os estáis volviendo todos medio herejes.

GARRAIZ. ¿Te duele eso porque eres sacristán?

GALO. No por eso; pero todos sois medio herejes.

GARRAIZ. Quizá tengas razón. Cuando no puede uno dirigir sus cosas, reza. ¿Qué va uno a hacer...? Pero cuando queda un recurso, por muy pequeño que sea, ¡vaya!, se trabaja. Los labradores rezan cuando no llueve; no pueden hacer otra cosa... Si pudieran regar...

GALO. Y vosotros, ¿qué hacéis?

GARRAIZ. Nosotros..., lo que nos da la gana... Que vaya un chico ahora a mi taller... En este momento todo estará parado; si quiere baja la compuerta de la presa y empiezan a funcionar las dínamos, y la correa sin fin se desliza junto al techo, y el volante rueda...

GALO. Menos cuando una máquina se para, dice que no y *crac*...

GARRAIZ. Eso pasa pocas veces.

GALO. ¿Pocas? Pues ahí he visto yo, cuando quisieron poner el horno alto, al ingeniero y al patrón y al maestro fundidor, sin saber qué hacer, porque del horno, con el mismo calor que otras veces, y con el mismo mineral y con todo lo mismo, no salía el hierro bien.

GARRAIZ. ¿Sabes lo que quiere decir eso? Que no se sabe todo lo que se debía saber.

GALO. Lo que me choca es que tú, con tus ideas, no te entendas con éstos de la huelga.

GARRAIZ. Pues no te choque. Para mí, ¿sabes quiénes están dirigiendo esto de la huelga? Los ricos del pueblo de al lado.

GALO. ¡Bah!

GARRAIZ. Sí, hombre. Uno de ellos, el alcalde, que saca una buena renta a las casas que alquila a los obreros de la destilería.

GALO. El alcalde de Arbea no necesita de eso.

GARRAIZ. No, pero le gusta la moneda. El vicario y los dos curas piensan que, si pierde importancia el Ayuntamiento de allá, lo unen al de aquí como ya han dicho, y mandan los liberales.

GALO. Sí, claro. Como tú eres de los negros... Eso de la huelga es cosa únicamente de los obreros. Ya ves, los de las minas también dicen que van a dejar el trabajo.

GARRAIZ. Ya lo veremos.

GALO. Tú no quieres creer nada.

GARRAIZ. ¡Si siempre están diciendo lo mismo! Ese charlatán de Díaz les está volviendo locos a todos.

GALO. Calla, que viene otra vez. A ver si te oye.

GARRAIZ. Que me oiga.

Díaz entra en el cuarto y se acerca a los que juegan al mus.

DÍAZ (*Al panadero.*) ¿Qué hay, Arbillondo? ¿Todavía aquí? Ya debe estar subiendo la masa.

EL PANADERO (*Al cabo de la guardia civil.*) ¿Y qué se dice de la huelga, Martínez?

MARTÍNEZ (*Que acaba de perder la partida.*) Eso usted lo debe saber mejor que yo.

DÍAZ. Hombre, ¿y por qué?

MARTÍNEZ. Allá usted y los carlistas del pueblo de al lado.

ES SECRETARIO. Ya está disparado el cabo.

MARTÍNEZ. Por aquí lo que hace falta, ¿me entiende usted? (*Al secretario, que tiene fama de carlista.*), es un hombre que hiciera lo que hizo el general Oche con la *Bendee*: arrasarlo todo, ¿me entienden ustedes? (*Paseando la mirada fosca por la sala.*), y no dejar piedra sobre piedra.

DÍAZ. Desgraciadamente, Martínez, el Gobierno no ha comprendido sus méritos.

MARTÍNEZ. Bueno. (*Se levanta.*) Me marchó, para estar preparado. (*Mirando a Díaz.*) No le arriendo la ganancia a quien quiera armar bronca mañana.

DÍAZ. ¿Lo dice usted por mí?

MARTÍNEZ. Lo digo por quien lo digo. ¿Me entiende usted?

DÍAZ. Sí, señor, le entiendo. No soy tan bruto como usted... se figura.

MARTÍNEZ. Bueno, señores... Hasta mañana.

Sale, y, tras de él, se marchan Arbillondo el panadero, dueño de la taberna, y los dos labradores compañeros del mus. Al mismo tiempo van marchándose los obreros de la taberna, y deja de oírse el murmullo estruendoso de antes. Alrededor de la mesa en que están el confitero y el secretario del Ayuntamiento, se han reunido la patrona, con sus dos hijas y la criada, y celebran todas las gracias del confitero, que imita, con la boca y las narices, toda clase de sonidos. Díaz se acerca a la mesa del centro, en donde siguen Yann, el belga, Garraiz, Galo y los dos capataces.

DÍAZ (*A Yann.*) Usted será de los nuestros, ¿verdad?

YANN (*Con ironía.*) ¿De quiénes?

DÍAZ. ¿No es usted socialista?

YANN. ¡Oh! No.

DÍAZ. ¿No tiene usted ideas políticas?

YANN. Nada..., nada...

DÍAZ. Sin embargo, será usted algo.

YANN. Sí. Soy Yann Liebaert, hijo de Max Liebaert; nada más.

DÍAZ. ¿No es usted partidario de alguna cosa?

YANN. No soy partidario de nada, ni de nadie. (*Vuelve la cabeza a Galo.*) Lo que ha dicho usted de las máquinas me ha parecido bien. ¿Qué es usted, compañero?

GALO. Yo..., carlista, gracias a Dios.

YANN (*Sonriendo.*) Casi igual que yo. Yo soy anarquista.



Mientras tanto, el confitero y el secretario del Ayuntamiento, que se encuentran a sus anchas, libres de la baraúnda ensordecedora de las voces y de los gritos, comienzan a templar el uno la guitarra y el otro la flauta, y se entabla una verdadera conversación entre los dos instrumentos, hasta que al fin se entienden, a fuerza de apretar el uno una clavija y el otro de estirar o meter hacia adentro los tubos de la flauta.

Comienza la sinfonía favorita del secretario y del confitero: la de Campanone; la guitarra va siguiendo gravemente las notas de la flauta, que gorjea como si estuviera loca. Y, después de la sinfonía de Campanone, tocan el Miserere de *El Trovador*, y uno de los compadres abre la ventana, porque ha visto que hace noche de luna, y esto le parece que está en consonancia con la canción romántica de la ópera de Verdi, y los sonidos de los dos instrumentos van a perderse, a lo lejos, en las concavidades de los montes solitarios.

DÍAZ (*A Yann.*) De modo que ¿contamos o no con usted para la huelga?

YANN (*Que parece alucinado oyendo la música.*) Si piensan ustedes pegar fuego a las fábricas, pueden contar conmigo.

## VII

---

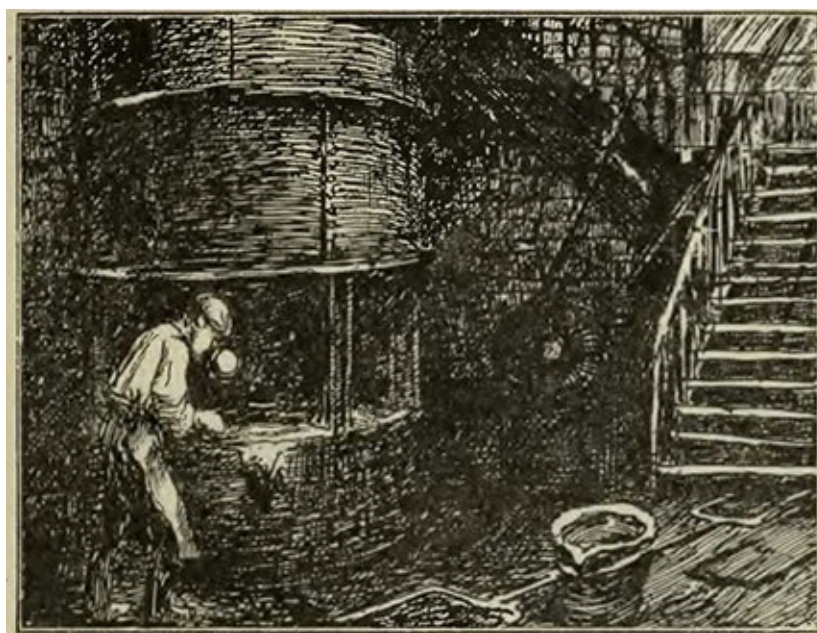
Va a hacerse de noche. El taller, grande y negro, está iluminado por la luz blanco-azulada de los arcos voltaicos.

Se ven dentro grandes máquinas, cosas informes; arriba, junto al techo, corren dos carriles, de los que cuelgan gruesas cadenas. Se oye el chirrido de los carbones de las luces eléctricas. Afuera, el murmullo de la lluvia.

A la derecha de la puerta de entrada, empotrado en la pared, hay un horno de hierro de los llamados cubilotes; a un lado del horno sube una escalera con mainel de hierro, hasta concluir en una plataforma de madera que está al ras de una gran ventana.

Una de las puertas de los testers conduce a un taller de carpintería; la del otro da al campo, y es una puerta rústica de caserío, dividida en cuatro hojas, que se abren con entera independencia y se cierran con una tarabilla.

En el suelo, junto al horno, se ve un reguero negro para hacer la sangría.  
Garraiz está solo en el taller.



UNA VOZ (*Desde fuera.*) ¿Vienes, o no?

GARRAIZ. No.

LA VOZ. ¡Sucio! ¡Burgués!

GARRAIZ. Lo que tú quieras, pero no voy.

Garraiz se acerca a la puerta grande, echa la barra de hierro, después reanuda su trabajo sobre el banco de herrero y silba alegremente.

Al poco rato Galo se asoma por la puerta de cuatro hojas, como por una ventana.

Lleva un manojo de hierba fresca bajo el brazo y en la mano una hoz.

GALO (*A Garraiz.*) ¿No te lo dije ayer en la taberna, Garraiz? ¿Se van, o no?

GARRAIZ. Sí. Es verdad. Tenías razón.

GALO. Y tú, ¿no te marchas?

GARRAIZ. ¿Yo? ¡Bah! No soy tan tonto.

GALO. Anda con cuidado. Luego no vayan a vengarse.

GARRAIZ. ¡Bah...! Dentro de un par de días están todos trabajando de nuevo.

GALO. ¿Y no sabe nada el patrón?

GARRAIZ. Creo que no. Esta mañana ha debido volver de Bilbao y estará durmiendo. Dentro de poco vendrá.

GALO. Vaya, me marchó.

GARRAIZ. Espera un momento... Quizá Mariano te necesite.

GALO. No, ahora no puedo... Adiós. Cierra las dos medias hojas de arriba de la puerta.)

GARRAIZ. ¡Vete, hombre...! ¡Haces bien...! Eres agradecido... Estás viviendo a expensas de Mariano, y ahora que te puede necesitar te marchas. Bien, hombre, bien. Por si acaso, cerraremos también por aquí. (*Atranca la puerta de cuatro hojas, torna al trabajo y silba, hasta que oye pasos en el taller inmediato.*)

GARRAIZ. ¡Eh! ¿Quién anda por ahí?

MARIANO. Yo. Se han ido, ¿eh?

GARRAIZ. Todo el mundo.

MARIANO. ¡Tú sólo te has quedado...! (*Poniéndole la mano en el hombro.*)  
Gracias, Garraiz.

GARRAIZ. ¿Por qué? ¿Porque no me he dejado engañar por ese charlatán?

MARIANO. ¿Se ha fundido el volante grande?

GARRAIZ. Esta mañana.

MARIANO. ¿Y el eje?

GARRAIZ. También.

MARIANO. ¿Qué falta?

GARRAIZ. El volante pequeño.

MARIANO. El molde ha quedado hecho.

GARRAIZ. Ahí lo tiene usted.

MARIANO. Oye: ¿Has oído decir entre los obreros que el representante de esa fábrica de cemento para quien hacemos los trabajos esté aquí?

GARRAIZ. Sí. De eso hablaron ayer. Hoy han dicho que ese representante iba a venir a la fundición, no sé para qué.

MARIANO. Entonces nos han fastidiado.

GARRAIZ. ¿Por qué?



MARIANO. ¿No sabes? Cobré la obra por adelantado y me comprometí a que, si para los tres meses justos no la concluía, devolvería el dinero y una gran indemnización. Ya ves, mañana se acaba el plazo.

GARRAIZ. ¿Y para qué hizo usted eso?

MARIANO. Gracias a ese dinero, la fábrica de aguardientes de Arbea es ya mía... Ayer entregué, en Bilbao, la última cantidad.

GARRAIZ. Sí; pero si no concluye usted para mañana la obra..., a ver, ¿qué hace usted?

MARIANO. No sé, no sé qué voy a hacer.

GARRAIZ. Usted tiene la culpa... Usted, el médico viejo y Águeda.

MARIANO. ¿Nosotros?

GARRAIZ. Sí. Se han empeñado en que a Arbea le convenía más un hospital que una fábrica de aguardientes, y el pueblo cree lo contrario.

MARIANO. Porque no comprende sus intereses.

GARRAIZ. Dejadle. Yo le diría: ¿No quieres hospital? ¿Quieres pasar la vida, repleto de aguardiente, en los rincones? Pues haz lo que quieras.

MARIANO. No, no.

GARRAIZ. A ver qué es lo que hace usted ahora.

MARIANO (*Se pasea por el taller.*) ¿El horno está encendido?

GARRAIZ. Sí. Ahora se va apagando.

MARIANO. Voy a echarle carbón.

GARRAIZ. Deje usted. Iré yo. (*Sube la escalera y comienza a echar carbón.*) ¿Qué quiere usted hacer?

MARIANO. Fundir el volante.

GARRAIZ. ¡Qué sé yo...! No debe haber bastante metal.

MARIANO. Sí. Lo hay, seguramente.

GARRAIZ. ¿Y quién lo va a hacer? ¿Nosotros solos?

MARIANO. Galo estará todavía en la huerta.

GARRAIZ. Estaba, hace un momento, pero se ha marchado.

MARIANO. Entonces voy a ir, a caballo, a la Esperanza. El ingeniero me prestará algunos hombres.

GARRAIZ. No adelantará usted nada.

MARIANO. ¿Por qué?

GARRAIZ. Porque los mineros han dejado también el trabajo y vienen a reunirse con los de aquí. De noche iré yo a las minas y veré si traigo alguno de mis amigos.

MARIANO. Que no se nos apague el cubilote. Echa más carbón. Que el hierro zumba en el horno.



Se oyen gritos a lo lejos. Garraiz, con la pala en la mano, se acerca a la ventana.

MARIANO. ¿Qué hay, Garraiz?

GARRAIZ. Los mineros, que se van acercando.

VOCES. ¡Abajo la burguesía! ¡Viva la revolución social! (*Se oyen gritos y silbidos.*)

MARIANO. Más carbón, Garraiz. Más carbón.

VOCES. ¡A la huelga! ¡A la huelga! ¡Mueran los burgueses! ¡Abajo los explotadores!

GARRAIZ. Ya pasan.

MARIANO. Pero si están llamando hace rato... (*Se acerca a la puerta, que tiene cuatro hojas.*) ¿Quién es?

GARRAIZ (*Bajando la escalera.*) Tenga usted cuidado. A ver si le arriman a usted un tiro.

MARIANO. Pero... Esa voz la conozco. (*Levanta la barra, abre la puerta y entra Águeda envuelta en un mantón, y detrás de ella, el perro.*) ¡Águeda! ¿Usted aquí?

Águeda respira con dificultad y se sienta en un banco, que Garraiz le ofrece.

MARIANO. Pero, ¿qué le pasa a usted, Águeda? Está usted temblorosa.

ÁGUEDA. ¡Ah...! Vengo muerta... ¡Oh! ¡Qué miedo he tenido!

MARIANO. ¿Se va usted tranquilizando?

ÁGUEDA. Sí. Ahora estoy mejor.

MARIANO. ¿Qué ha sucedido...? ¿Alguna desgracia?

ÁGUEDA. No, no. Han entrado en casa... los obreros de la fábrica. Díaz iba entre ellos. Tuve tiempo de escapar a la huerta...

MARIANO. Y habrá usted tenido que pasar por encima del dique, y de noche. ¡Qué horror!

ÁGUEDA. Sí. Reuní todas mis fuerzas para no mirar al agua... Erbi me daba ánimos... Ahora estoy temblando al recordar que he pasado por allá.

MARIANO. Siempre fuerte y siempre buena.

GARRAIZ. Es una mujer valiente.

ÁGUEDA. ¿Yo?

MARIANO. ¡Ya lo creo! Es usted muy superior a mí.

ÁGUEDA. ¡Bah...! ¡Qué tontería!

GARRAIZ (*A Mariano.*) Ya me llamará usted cuando me necesite.

MARIANO. Sí. Bueno. Ya te llamaré.

Garraiz mira a Mariano y a Águeda con ironía maliciosa y se marcha. Águeda permanece sentada, arrebujaada en el mantón; Erbi le lame las manos. Mariano pasea por el taller.

MARIANO. Sí. Es usted muy superior a mí. Usted ha salido triunfante de una lucha terrible. Yo voy a fracasar en una empresa más fácil.

ÁGUEDA. ¿Fracasar? ¿Por qué?

MARIANO. No vamos a poder terminar la obra.

ÁGUEDA. ¿No ha comprado usted la destilería? ¿No se van a comenzar las obras?

MARIANO. Eso pensábamos; pero mis obreros se han declarado en huelga. Mañana vendrá ese representante de la fábrica de cemento, y si me exige, como parece que va a hacerlo, el dinero que me entregó y la indemnización por no estar concluida la obra, como no tengo en este momento nada con qué pagarle, se echará encima de la fundición y, ¡adiós...! Todo perdido.

ÁGUEDA. ¿Lo siente usted mucho?

MARIANO. Sí, lo siento mucho... Por mi madre y por mí también... Tendré que ir a trabajar a otro lado, lejos de aquí.

ÁGUEDA. ¡Oh! Mariano.

MARIANO. ¿Qué, Águeda mía?

ÁGUEDA (*Mirando al suelo.*) Que si usted quiere... no se irá solo.

MARIANO. ¿Vendría usted conmigo?

ÁGUEDA. Sí.

MARIANO. Ahora me alegro... sí, me alegro. Si pierdo esto, si perdemos la fundición, nos casaremos en seguida, ¿eh?, y nos iremos a Bilbao. Yo trabajaré como fundidor en alguna fábrica, y usted..., no, tú, ¿verdad?

ÁGUEDA. Sí, tú.

MARIANO. Tú vivirás conmigo y con mi madre y llevarás la comida a la fábrica a

las doce para tu obrero, ¿eh?

ÁGUEDA. Sí, Mariano.

MARIANO. Y después del trabajo grande, que tonifica los músculos, podré sentarme a tu lado y verte junto a mí, vestida de obrera, porque tendrás que ir de obrera.

ÁGUEDA. ¡Qué loco!

MARIANO. ¡Loco! ¿Por qué? ¿Porque te quiero? ¿No te gustaría tener una casa de trabajador que gana un buen jornal, pequeña, pero limpia y clara?

ÁGUEDA. ¡Oh! No sabes lo que me gustaría... No como esa nuestra, llena de cuartos oscuros... ¡Qué vida más triste he pasado en esa casa!

MARIANO. Ya no la pasarás. En la lucha has tenido que ser águila, tú, mi pobre paloma. (*Coge la mano suave y tibia de Águeda.*) Oye, ¿te acuerdas de aquel día cuando te acompañé desde la ermita de San Juan a tu casa?

ÁGUEDA. Sí.

MARIANO. ¡Qué bonita estabas! Tú, entonces, tendrías trece o catorce años, ¿verdad?

ÁGUEDA. Sí, catorce años tenía. (*Retira la mano.*)

MARIANO. Llevabas un vestido gris, ¿te acuerdas?, y una boina roja sobre tu cabeza de oro.

ÁGUEDA. ¡Qué tiempo más hermoso hacía!, ¿eh?

MARIANO. ¡Oh! Esa mañana se me representa brillante como un altar. Los manzanos estaban llenos de flores, ¿te acuerdas?

ÁGUEDA. Sí. Es verdad. Es verdad.

MARIANO. Y un sol bondadoso brillaba en el cielo azul, Cruzado por nubes blancas, muy blancas.

ÁGUEDA. ¡Y qué olor en el campo!

MARIANO. Desde entonces yo te quería.

ÁGUEDA. ¿Sí? ¡Tiene gracia!

MARIANO. ¡Si vieras la idea que yo tenía de ti! Me parecías una cosa tan alta, tan alta, para todos los hombres, como una estrella. Te veía en todas partes; pero, sobre todo, ¿a que no sabes en dónde?

ÁGUEDA. No.

MARIANO. ¿No has visto un estanque que hay ahí, en la falda del monte, a orillas del río? Sí, ahora quizá no recuerdes. Es un estanque pequeño, pero muy profundo; el agua parece allá de un cristal purísimo, imperturbable. Del fondo del estanque suben plantas delgadas, como filamentos, hasta flor de agua, en donde concluyen en hojitas de un verde oscuro. Allá, dentro de aquella agua tranquila, yo me figuraba que estabas tú.



ÁGUEDA. ¿De veras?

MARIANO. Sí. Y mira qué locura: de un rosal cercano echaba rosas, que se deshojaban y quedaban nadando sobre el agua, y yo decía: son para ella.

ÁGUEDA (*En tono de reproche.*) Y a pesar de eso te fuiste a Inglaterra, y dijiste, antes de salir, que si podías te quedarías allá.

MARIANO. Es que me hacía el valiente. Aquel viaje me hizo descubrir, con claridad, mi cariño. Al dejar de verte durante tanto tiempo, no te puedes figurar mi deseo, mi locura por venir aquí y estar a tu lado. Muchas veces me hacía la ilusión de que estaba muy enfermo, y que, por necesidad, tenía que venir a este rinconcito y llegaba medio muerto, y te veía y me moría en seguida, y tú llorabas. Entonces comprendí que, lejos de ti, yo no puedo vivir... ¿Te ríes?

ÁGUEDA. Me has recordado aquello que cantaba mi abuela: «Sin mi Atala no puedo vivir».

MARIANO. ¡La burlona...! ¿Te digo frases de zarzuela?

ÁGUEDA. No, Mariano... Oye. Y aquella otra noche que nos acompañaste a la hija de don Julián y a mí de la romería de Jáuregui, ¿te acuerdas?

MARIANO. Ya lo creo.

ÁGUEDA. ¡Cómo brillaban, de noche, los gusanos de luz entre las matas!

MARIANO. Y los sapos, ¡cómo cantaban!

ÁGUEDA. ¡Pobrecillos! Y aquel olor de flores que notábamos los dos en todo el camino, y que no lo sentía nadie más que nosotros...

MARIANO. Es verdad (*Le toma la mano.*) Águeda mía. (*La besa repetidas veces.*) En tu piel tibia siento el aroma del campo y el perfume de los manzanos en flor. (*Se acerca a abrazar a Águeda. Ésta se levanta, el mantón se desliza por sus hombros y aparece su figura esbelta, vestida de negro.*)

ÁGUEDA. Mariano. Estamos solos (*Solloza*) y yo estoy débil.

MARIANO. ¡Perdóname! ¡Perdóname! Soy un bruto. Pero no temas. Te juro que, para mí, eres más santa que las más santas reliquias. (*Acercándose a la puerta.*) ¡Garraiz!

GARRAIZ (*Con ironía.*) ¿Hay que echar más carbón al horno?

MARIANO. No, ahora, no. (*Se acerca a mirar por los agujeros del horno.*)

ÁGUEDA (*Con la voz preñada de lágrimas.*) ¿Qué miras?

MARIANO. El color del metal. (*Acercando a Águeda al horno.*) Mira.

ÁGUEDA. Está tan rojo que parece blanco... Y van cayendo gotas...

MARIANO. Sí, son gotas de hierro fundido ahí dentro. Así mi alma se fundió con tus miradas.

GARRAIZ (*En la puerta de cuatro hojas.*) ¿Qué pasará? El cielo está rojo.

ÁGUEDA. ¡Ah! Es verdad.

MARIANO. Ese resplandor debe ser de un incendio.

GARRAIZ. Me parece que se oye la campana de Arbea.

Se acercan los tres y se quedan escuchando. De pronto se oye que llaman en la puerta de salida que da a la carretera.

MARIANO. Me parece que han llamado.

ÁGUEDA. Sí, han llamado.

MARIANO (*Acercándose a la puerta.*) ¿Quién es?

UNA VOZ. Yo, yo. Abra usted, Mariano.

ÁGUEDA. ¡Si es don Julián!

Mariano levanta la barra de la puerta y abre. Entra una bocanada del aire húmedo de la noche.

DON JULIÁN (*Entra.*) Oye, Mariano: Águeda no está en su casa.

MARIANO. Está aquí. No se apure usted. ¿Qué ha pasado en Arbea?

DON JULIÁN. ¡Ah! Está aquí. ¡Hola, Águeda! ¿Sabes? A la destilería le han pegado fuego.

MARIANO. ¿Los huelguistas?

DON JULIÁN. Sí. El alcalde ha mandado un telegrama a la capital, hace dos horas, para que nos envíen algunos soldados. Si no se apaga el fuego puede arder todo Arbea. (*A Mariano.*) Oiga usted otra cosa. ¿Tiene usted fundidas esas máquinas para la fábrica de cemento?

MARIANO. Todas, no. Falta un volante.

DON JULIÁN. Me lo temía. Pero, no importa. Aunque Díaz y el gerente de la fábrica de cemento tienen la idea de venir, después de las doce, acompañados de un

notario a exigirle a usted la devolución del dinero y la indemnización, no se apure usted. El notario me ha dicho que, habiendo habido fuerza mayor, no le obligan a nada.

MARIANO. A pesar de esto yo he de concluir la obra. El hierro está a punto. Entre Garraiz y yo fundiremos el volante.

DON JULIÁN. ¿Y yo no he de servir para nada? También he de ayudar.

MARIANO. Bueno. Entonces yo estaré al cuidado del horno. Ustedes, entre los dos, llevan el cubo y van llenando el molde.

GARRAIZ. Y la señorita dará los fuegos.

MARIANO. ¿Ella?

ÁGUEDA. ¿Es difícil eso?

MARIANO. No. Pero te puedes quemar.

ÁGUEDA. Tendré cuidado. ¿Qué hay que hacer?

GARRAIZ. Pasar una mecha encendida alrededor del molde cuando echen la masa fundida dentro.

ÁGUEDA. Eso no es difícil.

MARIANO. ¿Y si te quemas?

ÁGUEDA. ¡Ca!

DON JULIÁN. Déjala, Mariano. Quizá haya algo de providencial en que ella quiera tomar parte en la obra.

MARIANO. Sí; pero que tenga cuidado.

ÁGUEDA. Lo tendré... lo tendré.

DON JULIÁN. ¿Está todo preparado?

MARIANO. Sí.

DON JULIÁN. ¿Cuándo empezamos?

MARIANO. Esperaremos un rato. *(Se acerca a Águeda y empieza a hablar con ella en voz baja.)*

GARRAIZ *(A don Julián.)* Mientras tanto, nosotros haremos la cuña para sujetar el volante al eje, ¿quiere usted?

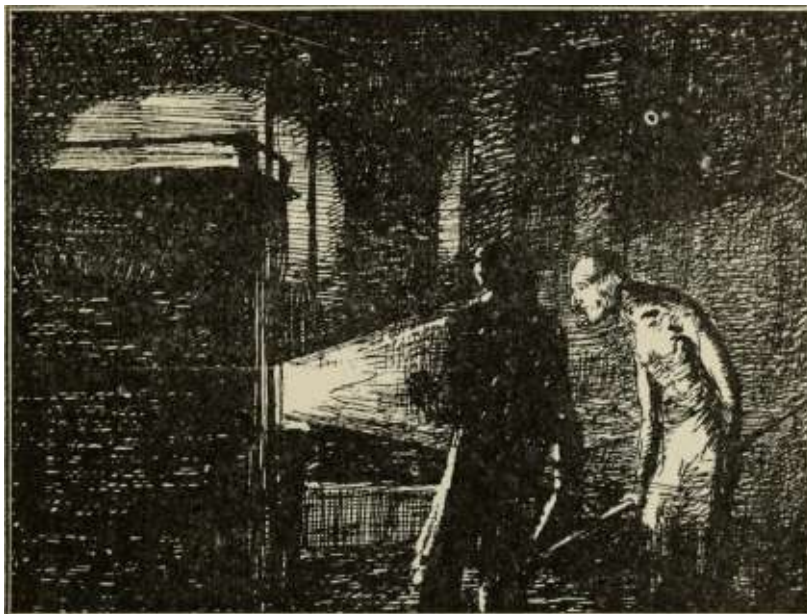
DON JULIÁN. Vamos allá.

Garraiz entra en el taller de al lado, y trae, con las tenazas, un trozo de hierro candente.

GARRAIZ. ¿Y tendrá usted fuerzas para sujetar el hierro con las tenazas?

DON JULIÁN. ¡Vaya! Verás.

Don Julián sujeta el hierro en el yunque, y Garraiz lo machaca y va dándole forma, a los golpes uniformes de un martillo grande y de otro pequeño.



GARRAIZ. A ver si aprende usted el oficio.

DON JULIÁN. Sí. Pero me canso pronto. ¡Qué tosco es el trabajo del hierro, ¿eh?, pero qué grande!

GARRAIZ. Es un metal honrado.

DON JULIÁN. Es verdad, tienes razón. ¡Es un metal honrado!

GARRAIZ. Yo le tengo cariño al hierro.

DON JULIÁN. Yo también. Mira qué diferencia: el hierro ruge aquí, en el yunque, porque tiene algo del león; el alcohol silba en el alambique, porque tiene mucho de serpiente. Sí, es verdad lo que dices: el hierro es un metal honrado.

GARRAIZ. No, no crea usted que eso lo he inventado yo; me lo decía un pudelador de Bilbao, un viejo medio loco. Muchas veces le veía mirando la boca del horno con los ojos fijos, y le preguntaba: ¿qué haces ahí? Y me decía: el fuego me hace pensar; es mi amigo. Estaba loco.

DON JULIÁN. Si le digo a usted que estaba medio atontado...

DON JULIÁN. Era un buen hombre. Créelo.

Se oyen fuera nuevos gritos, voces y silbidos.

DON JULIÁN. ¿Qué pasará?

GARRAIZ. Algún otro grupo de mineros.

VOCES. ¡Mueran los burgueses! ¡Abajo los explotadores!

DON JULIÁN. Voy a ver quiénes son. *(Deja las tenazas y va subiendo las escaleras de la plataforma del horno, y se asoma a la ventana. Se oyen gritos amenazadores.)*

MARIANO. Salga usted de ahí, don Julián.

DON JULIÁN. ¡Si los conozco a todos! A mí me quieren como a un padre.



GARRAIZ. Por si acaso...

DON JULIÁN. ¡Ca, hombre! Voy a hablarles. *(Trata de abrir la ventana. Al mismo tiempo se oye un tiro y el ruido de un cristal roto. Don Julián se retira con rapidez.)*

ÁGUEDA. ¿Le han herido a usted?

DON JULIÁN. No, no. ¡Ingratos...! Les engañan.

MARIANO. Pero, ¿han disparado en contra de usted?

DON JULIÁN. En el fondo, no tienen la culpa.

MARIANO. No, ¡no tienen la culpa! Entonces, ¿quién la tiene...?

GARRAIZ. ¿Patrón? Creo que podemos empezar. El hierro está a punto.

MARIANO. Echa un poco más de carbón, y esperemos un momento.

Garraiz sube por la escalera, pasa, agachado, por debajo de la ventana, y echa carbón.

GARRAIZ. ¿Ven ustedes desde ahí cómo está el cielo? Parece de día.

De repente, toda la ventana se ilumina con un resplandor rojo.

MARIANO. El pueblo entero debe estar ardiendo.

Águeda se persigna y comienza a rezar.

DON JULIÁN. ¡Vamos! ¡No amilanarse! A fundir el volante.

MARIANO. Sí. ¡Y veremos quién vence!

Se preparan todos. Mariano coge una palanca y se acerca al horno.

MARIANO. ¿Estamos?

TODOS. Sí.

MARIANO. Vamos allá. *(Abre con la palanca el tapón de arcilla y salta una nube de chispas, y una catarata hirviente de hierro se precipita por el agujero de salida del horno.)*

VOCES *(Afuera.)* ¡Mueran los burgueses! ¡Abajo los explotadores!

## EPÍLOGO

En el cuarto, tranquilo, iluminado por la luz de la lámpara, una viejecita, de pelo blanco, pequeña, vestida de negro, está sentada en un sillón, dormitando junto al fuego.

Cerca del hogar de la chimenea un gato, grande, pacífico, con las manos ocultas en su hermosa piel, que parece de armiño, ronca con un runrún de satisfacción mirando las llamas lánguidamente.

A la luz tenue de la lámpara, en la soledad, diríase, al ver la anciana de los cabellos de plata, que reposa con el sueño apacible de la vejez tranquila, que es la imagen de alguna abadesa venerable, muerta en estado de gracia, que descansa en el fondo de un santuario.

En la habitación sólo se oye el tic tac de un reloj alto y de caja estrecha, que mide los segundos gravemente.

Afuera resuena el murmullo de la lluvia, manso, reposado. A veces el viento impulsa las gotas de agua sobre los cristales, en donde suenan y llaman como los de un fantasma.

Y en la soledad, a la luz de la lámpara, la anciana de los cabellos de plata, que reposa con el sueño apacible de la vejez tranquila, es como evocación de existencias pasadas, de vidas dichosas, iguales en su monotonía, no turbadas por dolorosos anhelos, de vidas que terminaban en la muerte, como las madres, al dormir sus hijos, terminan dejándolos en la cuna.

La serenidad del alma de la anciana parece que impregna el cuarto de algo luminoso, como si los sueños que agitan su cerebro tuvieran una irradiación en el aire, porque la anciana sueña, sueña que realiza sus deseos en un punto desconocido de los mares del espacio.

Y se ve en una playa inmensa, florecida, inundada por la luz del alba, cubierta de césped verde, lleno de margaritas y de madreselvas.

Y corriendo y saltando por la playa almas blancas, almas de niño que se preparan a bajar a la tierra, y entre ellas, por una perspicacia sólo posible en una abuela, la anciana reconoce las almas de sus nietos.

Mientras tanto, afuera rugen las pasiones y se oyen gritos, alaridos, pasos de gente que huye y, a lo lejos, tiros y rumores de descargas.

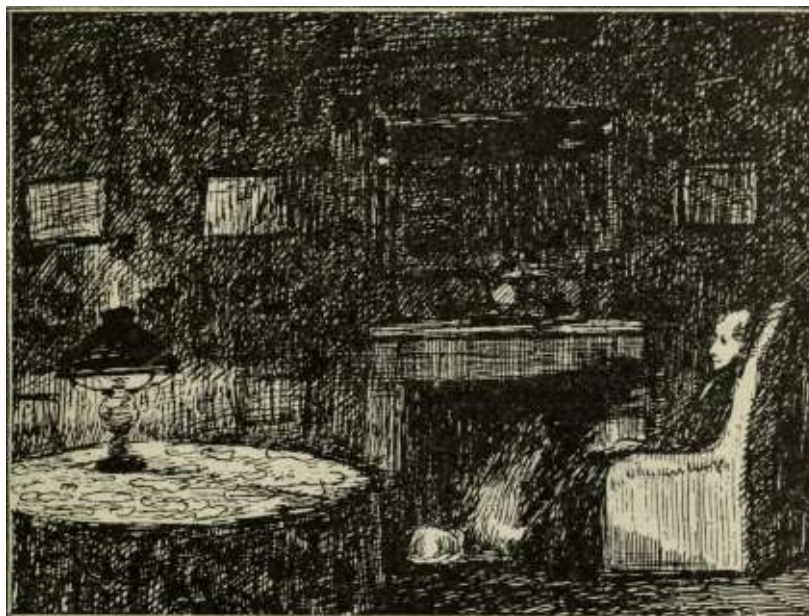
En la imaginación de la anciana, los ruidos de fuera, los gritos desesperados y el ruido de las descargas toman forma de sombras, adquieren movimiento y alma..., son espíritus malos que vienen por el mar a inquietar y a turbar a las almas que juegan en la playa; pero la anciana está allí y sabe espantarlos, y, sin varita mágica, los ahuyenta todos: a Olentzero, el de los ojos encarnados, que robó un pez el día de Nochebuena;

a las endiabladas brujas, que cabalgan en sus escobas y se reúnen en el aquelarre; a las Enfermedades y a las Tristezas, también malos espíritus, que llegan de un Zugarramurdi invisible, del país de los sueños.

De pronto cesan los gritos, y los alaridos, y las descargas; cesa también el rumor de la lluvia, y la noche se hace silenciosa y opaca, y, con el silencio, la anciana se despierta, oye pasos, escucha y ve entrar a Mariano, tiznado, negro, que viene triunfante, trayendo a Águeda en sus brazos como un bárbaro que lleva robada la vestal patricia, y tras de ellos, el mastín feroz, el perro, compañero eterno del hombre.

Y Mariano, desde la puerta, sujetando a Águeda, que trata de huir de sus brazos, y reteniéndola como a un niño caprichoso, dice a la anciana en voz baja, muy baja, sonriendo con la alegría de un salvaje: «¡Madre! ¡Madre! Mira, aquí tienes a la niña de Aizgorri...».

Águeda escapa de los brazos de Mariano para refugiarse, avergonzada, en los de la anciana, que apenas se da cuenta de lo que ocurre.



Y bajo la luz suave de la lámpara comienzan a hablar la vieja y la niña en vascuence, con un murmullo de rezo que casi no se oye; Águeda cuenta lo que ha pasado, y la conversación se desliza hacia otros asuntos, y pasan a hablar, las dos, de la vida, de los cuidados de la casa, de las gallinas, de la ropa blanca, y Mariano las escucha en silencio como quien oye una música lejana que trae el viento y que vivifica en su espíritu los ritmos, ya muertos, que nacieron en su cuna.

La anciana tiene las manos de Águeda entre las suyas, ya algo trémulas, y, de vez en cuando, separa los cabellos de la muchacha y la besa en la frente.

Y hablan, hablan la vieja y la niña, sin cansarse, de cosas sin importancia, y el cariño flota sobre sus palabras, como en otoño la hoja de rosa en los tranquilos estanques... y hablan, hablan de la vida y de la muerte.

Y cuando la anciana, escandalizada de la hora que marca el viejo y huraño reloj

del cuarto, se levanta y va a preparar, junto a su alcoba, el nido para su nueva hija, Águeda marcha a ayudarla, y entre las dos sacan del armario las sábanas, que huelen a sol, y ponen las fundas a las almohadas y van mullendo los colchones.

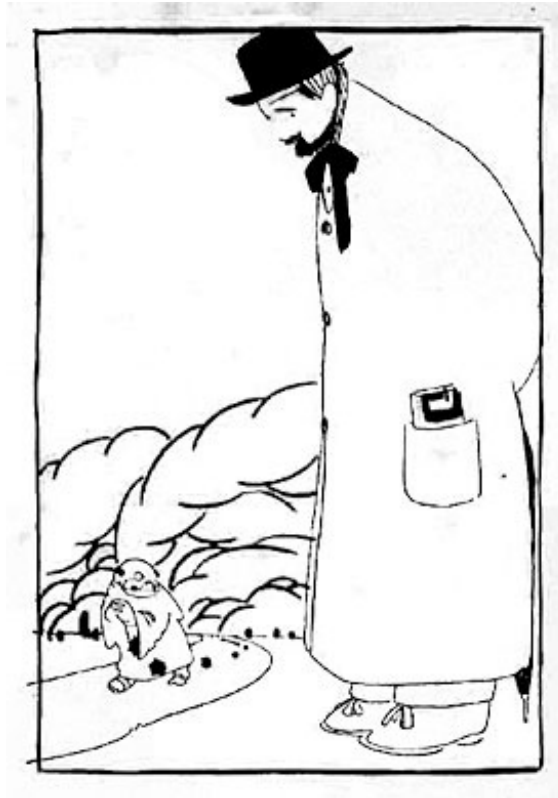
Y al ir a despedirse Mariano de su madre y de su novia, Águeda, con voz temblorosa, le dice, señalando desde la ventana una franja de grana en el horizonte:

—¡Oh! Todavía debe seguir el fuego.

Y Mariano, después de mirar hacia allí, en voz baja y trémula, como si en la franja roja estuviera parte de su dicha, le contesta conmovido:

—No, Águeda. Ésa es la luz de la aurora. Es el día nuevo que nace.

**Marañón, 17 de julio de 1900.**



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Miserias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la

*Real Academia de la Lengua desde 1935.*